Provincia de Buenos Aires
Ministerio de Educación

Las colaboraciones son especialmente solicitadas
Pueden reproducirse siempre que se indique su procedencia

La correspondencia debe dirigirse a:
Revista CULTURA, Oficina de Publicaciones,
Calle 56 número 970, La Plata, Argentina

CULTURA

Año II N.º 5

Provincia de Buenos Aires
Ministerio de Educación
La Plata, Año del Libertador General San Martín, 1950

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Contiene:

Octavio N. Derisi: EL RACIONALISMO, RAIZ DEL SISTEMA CARTESIANO

Osvaldo E. Cavallo: SOBRE LO HUMANO Y LO ECONOMICO

Juan Carlos Dávalos: CANTO A SALTA

Guillermo House: EN CORAZON DE QUEBRACHO

Arturo Horacio Ghida: LOS CUENTOS CRIOLLOS DE LUGONES

Osiris U. Chierico: TRISTEZA

César López Claro: PINTURAS

GUION DE LECTURAS

HECHOS DE LA CULTURA

Dibujos de Fernando Catalano (en la portada), *H. Redoano, Marius, A. Lisa y Juan Bay*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

O. N. Derisi / EL RACIONALISMO, RAIZ DEL SISTEMA CARTESIANO

Las tres posiciones filosóficas fundamentales en metafísica, lógica y gnoseología

LA historia de la filosofía posee un movimiento antitético, que en el *plano metafísico* la conduce desde el devenir y multiplicidad pura al monismo panteísta del ser único e inmutable, en el *plano lógico* desde el nominalismo y conceptualismo al realismo exagerado, y en el *plano gnoseológico* desde el fenomenismo al racionalismo.

La verdad es que ambas posiciones son unilaterales y sólo contemplan un aspecto de la realidad, del concepto y del conocimiento, respectivamente, descuidando el otro; con lo cual deforman la misma faceta por ellas descubierta y analizada. Así, en el *plano metafísico* es verdad que la realidad es cambiante, pero es verdad también que existe el ser permanente, sin el cual ni siquiera sentido tendría el cambio; en el *plano lógico* el concepto universal sólo existe en la mente y como tal no es real, pero la esencia por él aprehendida está tomada de la realidad misma y por eso a ella le conviene por identidad; y finalmente en el *plano*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gnoseológico experiencia e inteligencia, íntimamente interpenetradas, constituyen la unidad de nuestro conocimiento, que intuye la *existencia* de la realidad concreta *con los sentidos* y penetra *con la inteligencia* en su íntima *esencia*.

El *empirismo* en *metafísica* diluye el ser en un puro cambio o devenir; en *lógica* aniquila todo concepto y se detiene en la experiencia de lo individual y en la elaboración de desteñidos esquemas generalizadores de lo individual, al que no superan y que necesitan del nombre para consolidarse y no perderse en la realidad múltiple por ellos confusamente representada; y en *gnoseología* reduce el conocer a un fenomenismo subjetivo, a un agnosticismo total.

Por el otro lado el *racionalismo* en *metafísica* absorbe el cambio en el ser único e inmutable de Dios *(panteísmo)*; en *lógica* destruye, consiguientemente, la universalidad del concepto, puesto que sólo existe y puede existir el Ser a se; y concluye lógicamente en *gnoseología* incluyendo la trascendencia del ser en la inmanencia del conocer *(idealismo trascendental)*.

Para superar ambas posiciones extremas, deformantes a dos de la realidad, es preciso llegar en *gnoseología* a un intelectualismo moderado por la experiencia, a un *intelectualismo-empírico*, que une experiencia y razón; el cual se apoya, en *metafísica*, en la composición ontológica de *acto y potencia*, principios de perfección e imperfección, respectivamente, intrínsecos del ser; y que se manifiestan, en *ló-*

gica, en el *realismo moderado* de los conceptos, reales en cuanto a la esencia por ellos aprehendida, pero puramente mentales en cuanto al modo universal de aprehenderla.

La adopción de una u otra posición en el *plano metafísico, lógico y gnoseológico* implica consigo lógicamente las demás: son solidarias entre sí. Y si bien sus autores no siempre llevan hasta el fin las consecuencias envisceradas en tales principios, éstas logran a través de la historia, con mayor o menor lentitud y oposiciones, su total desenvolvimiento, mientras no se renuevan sus premisas.

Según las épocas los filósofos han adoptado una determinada posición, ya desde la *metafísica*, ya desde la *lógica*, ya, finalmente, desde la *gnoseología*. Así en Grecia el problema es planteado bajo su faz eminentemente *metafísica y cosmológica*, tal como lo sorprendemos en las posiciones extremas de Heráclito y Parménides y en la superación, integradora de ambas, de Aristóteles, cuya solución incluye la faz lógica y psicológica también. En el Medio Evo el problema toma cuerpo en el *plano lógico* o de los conceptos entre las posiciones extremas del nominalismo y conceptualismo y del realismo exagerado, superadas e integradas ambas en la tercera posición del realismo moderado. En la Edad Moderna el planteo se hace en el *terreno* eminentemente *gnoseológico* entre el racionalismo y el empirismo, con un intento posterior fallido de superación integradora de ambos en el criticismo kantiano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

2

Opción de Descartes por el racionalismo

Y es aquí donde nos encontramos con la filosofía cartesiana. Porque Descartes inicialmente plantea el problema filosófico en un plano decididamente gnoseológico, que resuelve con una *solución racionalista.* Descartes desea elaborar la filosofía sobre el paradigma de las matemáticas, hacer de ella una obra exclusivamente de razón: de pura intuición y deducción, con exclusión, en lo posible, de toda experiencia. Ésta —cuarta regla del método— a lo más tiene un papel supletorio, allí donde no es posible la intuición racional de la esencia.

Descartes es racionalista por temperamento, es un matemático. No duda ni siquiera por un momento del valor absoluto de la inteligencia para alcanzar por sí sola, sin el concurso de la experiencia, la verdad en todo su ámbito antropológico, cosmológico y teológico.

La duda inicial de Descartes —sea como sea realmente en sí misma y en sus consecuencias— en la intención de su autor sólo tiene un alcance transitorio, puramente metódico, para lograr una base firme, una certeza absoluta puramente intelectiva, desde y sobre la cual elaborar la

demostración totalmente racional de su sistema, con independencia de la experiencia.

La verdad primera de la existencia propia como *yo pensante,* embebida en la duda desde y en la cual, por eso, alcanza la certeza absoluta de la propia existencia, es obra exclusiva de la razón. Más aún, en la intuición racional de esta verdad primera y certeza fundamental descubre Descartes el criterio para discernir y alcanzar toda verdad: *las ideas claras y distintas:* aquello es verdadero y cierto, que —como mi existencia de yo pensante en mi duda— se me presenta en ideas adornadas de tales caracteres de claridad y distinción.

Tal criterio no es otro que el de la pura razón, y de la razón considerada en sí misma, *con la doble independencia: de la experiencia y de la realidad.*

En efecto, el único criterio infalible de verdad no es otro que el de las *ideas claras y distintas* en cuanto tales, con prescindencia absoluta de los aportes de los sentidos.

Este criterio de verdad es además independiente del ser real. Porque, en verdad, no se trata aquí de la evidencia de un objeto inteligible irrumpiendo e iluminando la inteligencia con su verdad ontológica —como podría aparecer a primera vista— sino de la claridad y distinción como notas de las ideas *subjetivamente* o en sí mismas consideradas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3

Consecuencias subjetivistas e idealistas en gnoseología

POR lo demás, ambas independencias de la razón frente a la experiencia y al ser extramental están íntimamente unidas; más aún, son solidarias entre sí. Porque una vez que la razón se ha independizado de la experiencia en la aprehensión de la realidad, no le queda otro camino de acceso a ella que el de sus propios caracteres subjetivos. El hombre no posee de hecho otra intuición o aprehensión inmediata y directa de la realidad existente que el de la experiencia. Si, pues, se suprime a ésta, se rompe el puente de unión o, por decir con más precisión, la comunicación vital de sujeto y objeto y la razón, abandonada a sí misma, únicamente puede llegar a aquélla desde sí misma y ha de buscar en su propia inmanencia los caracteres que le aseguren la verdad de su conocimiento.

Con toda lógica, pues, busca Descartes en las notas subjetivas de sus ideas, en su *claridad y distinción*, el criterio de la verdad.

Más aún y con mayor rigor lógico todavía, una vez desprovisto el hombre del único camino de acceso intuitivo a la realidad, que es la experiencia, el conocimiento de la inteligencia queda despojado de su nota constitutiva misma,

que es la aprehensión o identidad intencional con el objeto, y reducido a una pura *representación* del mismo.

Consiguientemente también a esta concepción *representativa* del conocimiento —hija del racionalismo inicial y presente en toda la obra de Descartes y en toda la filosofía moderna, incluyendo al mismo Kant— el problema crítico fundamental se plantea como el problema del "*puente*" o adecuación entre el conocimiento-representación y la realidad representada, más allá de la representación misma: cómo podemos llegar a estar ciertos de que a nuestro pensar responde una realidad. Problema que es, en verdad, un pseudo-problema, un problema que sólo cobra sentido o existencia, gracias a una *deformación* previa del conocimiento mismo, implicada en el despojo que se le ha hecho a éste del ser objetivo —que él esencialmente implica como identidad o aprehensión del ser objetivo que es— al reducirlo a pura representación o imagen de la realidad, en el planteo o posición misma de la cuestión, según veremos más adelante, a propósito del conocimiento del mundo (Ns. 6 y 7).

Descartes, es verdad, no llega a tamañas consecuencias subjetivistas e idealistas. Pero si se detiene ante ellas, es a pesar de sus propios principios. En efecto, para asegurarse de la correspondencia de sus ideas con el mundo y, en general, con la realidad, acude a la infalibilidad y veracidad divinas, a la ciencia absoluta de Dios que todo lo sabe y a su santidad que no puede engañarnos infundiéndonos tales

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ideas o dotándonos de una inteligencia capaz de producirlas. Mas Descartes se olvida que la existencia de Dios ha sido demostrada por tales ideas claras y distintas. Y entonces el círculo salta a la vista: demuestra la existencia de Dios por el valor y alcance real de las ideas claras y distintas, y el valor y alcance real de las ideas claras y distintas por la existencia de Dios. La verdad es que desde el conocimiento-representación no podemos aprehender la realidad del Ser divino y mucho menos su esencia y atributos.

El *idealismo* y *solipsismo trascendental* eran la consecuencia lógica del racionalismo inicial y de la consiguiente noción de conocimiento adoptada por Descartes, quien escapa a ellas sólo por un círculo vicioso, el cual invalida de antemano todo el ulterior desenvolvimiento realista de su sistema.

4

El racionalismo conduce a Descartes en psicología a la constitución del hombre por su alma y a ésta por el pensamiento

ESTA actitud inicial y concepción cartesiana del conocimiento, de una inteligencia desvinculada de la experiencia y, por eso mismo, de la realidad, a la que pretende sin embargo representar fielmente gracias a la veracidad divina,

este *racionalismo realista* de Descartes, se desarrolla lógicamente en Psicología, Teodicea y Cosmología.

No es intención de este trabajo exponer minuciosamente estas consecuencias. Sólo queremos esbozarlas, para poner de manifiesto el espíritu encerrado en la actitud espiritualista exagerada de su racionalismo.

En *Psicología* semejante actitud va a desembocar lógicamente en un *espiritualismo exagerado*. Porque si, en efecto, la actividad de la inteligencia no sólo es espiritual, sino que por sí misma está en posesión de sus objetos —*innatismo* formal o virtual— con independencia causal del conocimiento material de la experiencia, más aún, si todo hecho consciente —sin excluir la sensación— procede, según Descartes, de sólo el alma, síguese que ésta es una substancia espiritual completa y que, consiguientemente, se basta a sí misma, y que el hombre —revelado a sí mismo en el "*cógito*" como "*yo pensante*"— es un espíritu accidentalmente unido a la materia. El cuerpo no entra para nada en la vida consciente ni pertenece, por ende, a la esencia del hombre estrictamente tal. Si en este punto Descartes ha procurado superar las consecuencias dualistas de su racionalismo y salvar de algún modo la unión substancial de cuerpo y alma, lo ha hecho contrariando los principios de su propio sistema filosófico, por razones teológicas y de buen sentido.

Tal espiritualismo extremo, que destruye la esencia específicamente humana de un alma substancialmente unida

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a la materia, con la que siente y vive, es llevado por Descartes al extremo, cuando, reduciendo toda la vida a actividad espiritual y confundiendo potencia y acto, hace consistir el atributo o esencia del alma —y en su sistema, según lo dicho, del hombre mismo— en el *pensamiento*, con el consiguiente peligro de convertir al alma y a todo el hombre en el *acto puro* de pensar y de la natural gravitación hacia el panteísmo.

5

El racionalismo cartesiano conduce en Teodicea al argumento de la existencia de Dios por la idea de infinito y por el concepto mismo de Dios

LA unilateralidad del espiritualismo racionalista de Descartes no sólo desgarra y escinde la naturaleza del hombre, sino que va a dejar sentir su influjo también en Teodicea, en el conocimiento que el hombre tiene de Dios.

La idea de lo infinito es realmente un concepto analógicamente elaborado a partir del concepto de lo finito, inmediatamente aprehendido por nuestra inteligencia a través de la experiencia. Pero si con Descartes se supone que tal idea no proviene de la experiencia sino que se encuentra en nuestra alma de un modo formal o virtualmente innato, no podrá proceder ella por negación de límites de un objeto originariamente no intuído; y tampoco de la propia alma, como causa finita. La idea de lo infinito, concluye Descartes en sus *Meditaciones*, puede estar causada en nosotros únicamente por la Causa infinita, por Dios. De este modo y a partir de la idea de lo infinito Descartes cree poder probar la existencia de Dios. La idea de lo infinito no es un concepto finito y análogo de lo infinito, es una idea clara y distinta de lo infinito, que arguye una Causa infinita.

Así elabora Descartes un argumento falso de la verdad de la existencia de Dios; porque parte de una idea equivocada de nuestro concepto de infinito. Pero lo que aquí interesa subrayar es que a tal idea equivocada ha sido conducido por su racionalismo desvinculado de la experiencia.

Más claro aún aparece este racionalismo en la reedición que hace del conocido argumento ontológico de la existencia de Dios, primeramente formulado por San Anselmo. El orden esencial y existencial son malamente confundidos en este cuasi argumento, precisamente porque el racionalismo se ha privado del concurso de la experiencia. La existencia sólo puede dársenos intuitivamente o por raciocinio a partir de otra existencia intuitivamente dada. Pero en su origen toda aprehensión de existencia implica una *intuición*. Ahora bien, el hombre no posee más intuición que la de la expe-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

riencia: no posee intuición intelectual ni mucho menos intuición irracional espiritual. En la raíz ontológica de este hecho está la unión substancial del alma espiritual con el cuerpo: el hombre no es puro espíritu, no es un ángel, sino un alma espiritual, que con el cuerpo lo constituye. De ahí la dependencia en que se encuentra la vida espiritual respecto al cuerpo y que, en el plano del conocimiento, se traduce en esta dependencia de la vida intelectiva respecto a los sentidos en cuanto a su objeto, en no poseer ella un contacto intuitivo con éste y no lograr aprehenderlo sino en los datos de la experiencia. El racionalismo, al prescindir de la experiencia, ha de conferir a la inteligencia un poder intuitivo que no tiene, y desde entonces el orden conceptual coincide con el de la existencia y logra eficacia el argumento ontológico; a no ser que niegue toda existencia trascendente al concepto mismo y aquella es absorbida en una realidad trascendental: la existencia aprehendida se identifica realmente con el concepto, y se sigue el idealismo panteísta, el concepto es divino.

6

El racionalismo cartesiano en Cosmología conduce al idealismo

TAMBIÉN en Cosmología se ponen de manifiesto las consecuencias del racionalismo cartesiano. El mundo no nos es inmediatamente dado en un conocimiento intelectivo, que, a través de la experiencia, penetra hasta el corazón de la esencia, hasta el ser mismo trascendente que lo constituye en determinadas especies. Escindido de la experiencia, el conocimiento intelectivo pierde en Descartes contacto inmediato con la realidad existente y queda reducido a una pura representación.

Y si nuestras ideas no aprehenden la realidad del mundo circundante, y si sólo la representan, ¿cómo estaremos seguros de que a nuestros conceptos corresponde fielmente el ser de las cosas materiales, el mundo real?

Vale para el conocimiento del mundo material todo lo que dijimos antes a propósito del conocimiento en general (Nº 3).

Nuevamente Descartes pretende dar respuesta a este interrogante con el consabido recurso a la Existencia y a la Sabiduría y Veracidad divinas. Si a nuestras "ideas claras y distintas" del mundo material no correspondiese una reali-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dad trascendente idéntica a la representada, Dios nos engañaría, pues Él es quien con el alma nos ha infundido —formal o virtualmente— tales ideas. Pero Dios no nos puede engañar, ya que es infinitamente sabio y veraz. Luego, concluye Descartes, tal correspondencia queda salvada.

Pese a esta conclusión realista —como todas las suyas— de Descartes, el problema tal como se había planteado no admitía semejante solución y debía haber conducido a la negación o por lo menos a la imposibilidad de conocer el mundo, es decir, al *idealismo agnóstico*. Porque, según dijimos antes, si nuestras ideas y, en general, nuestro conocimiento no es una aprehensión o identidad intencional con el ser trascendente, si el objeto conocido no es aprehendido en su alteridad o trascendencia en el seno mismo o inmanencia del acto cognoscente, si nuestros conceptos y conocimientos son reducidos a una mera representación o imagen de algo que *está fuera* y más allá de ellos, nunca más podremos alcanzar ese ser trascendente ni mucho menos saber que nuestro conocimiento-imagen corresponde a él, ni siquiera si tal ser existe.

Vale decir que el problema de la existencia y de la aprehensión del ser del mundo, planteado desde un conocimiento reducido a pura imagen de la realidad, no admite otra solución que la idealista o agnóstica. Porque para saber

DESCARTES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

si el ser trascendente corresponde a nuestro conocimiento-representación, tendríamos que aprehender ese mismo ser como realmente es para compararlo con nuestro conocimiento, y no podríamos captarlo sino con otro conocimiento, que no lo alcanza en su trascendencia objetiva sino otra vez en una imagen puramente subjetiva. El ser trascendente siempre queda inalcanzable, más allá de todo acto cognoscitivo, incapaz como es éste de franquear el dintel de la mera representación subjetiva.

El recurso cartesiano —verdadero "*deus ex machina*"— a la Veracidad divina no puede impedir tales consecuencias agnóstico-idealistas. En efecto, ¿Cómo sabemos que Dios es veraz, más aún ni siquiera que Dios existe, si no podemos aprehender ni una ni otra verdad sino con un conocimiento-imagen, si entre nuestra representación conceptual y la realidad de la existencia y veracidad de Dios hay un *hiatus*, un abismo, que nos es de todo punto imposible traspasar? Esta vez ya no tenemos a quien recurrir para que nos asegure la conformidad de nuestras ideas con el objeto conocido: la Existencia y Veracidad divinas.

7

El pseudo problema del "puente" entre conocimiento y realidad, proveniente de una falsa noción de aquél, hija del racionalismo

PERO la verdad es que el problema planteado por Descartes y los idealistas posteriores, el problema del "*puente*", de cómo podemos estar ciertos de la conformidad entre nuestros concepto-representaciones y la realidad representada, es un *pseudo problema*, que logra nacimiento gracias precisamente a la deformación previa del conocimiento; problema, que, desde que se lo formula y da cabida, no admite más solución que la idealista, como que la noción de conocimiento implicada en él y que ha permitido su misma existencia no es otra que la idealista.

En síntesis, pues, tal problema del "*puente*" sólo puede formularse desde una posición idealista. previamente y sin crítica adoptada, de que nuestro conocimiento no es una identidad intencional o aprehensión inmaterial del ser trascendente, sino sólo su imagen inmanente, desvinculada y separada del objeto conocido. Tal planteo del problema implica un conocimiento despojado del ser. Pero claro está, si previamente despojo al acto del conocimiento del ser trascendente y sin crítica lo reduzco así a pura imagen,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

desde cuya noción deformada planteo el problema del valor del conocimiento, no podré encontrar ya en su seno el ser trascendente del que lo he privado ni podré ir en su busca más allá del conocimiento, ya que no podría ir hasta él traspasando la inmanencia radical del conocimiento sino con otro conocimiento, para quien está impedido todo tránsito a la trascendencia, reducido como está a la condición de pura representación subjetiva. Perdido el ser en el planteo mismo del problema con la noción puramente inmanente o de imagen del conocimiento, no lo podemos reconquistar ya más: todos los caminos de acceso a él nos están cerrados, ni podemos ya saber si tal ser existe y mucho menos si nuestro conocimiento se conforma a él.

8

Por todos los caminos del racionalismo cartesiano se va al panteísmo

EL racionalismo, que desde su raíz anima al sistema cartesiano en todas sus partes, conduce inexorablemente al *idealismo panteísta.* Si de hecho Descartes evita tal conclusión extrema, es gracias a la intervención de elementos adicionales, que no se avienen y hasta contradicen sus propios principios.

Desvinculado de la experiencia, el conocimiento intelectivo pierde *de jure* todo contacto inmediato o intuitivo con la realidad existente. En rigor hasta se hace imposible el mismo pensar, puesto que todos nuestros conceptos tienen su origen y se alimentan de la experiencia, no en el sentido de reproducir los datos empíricos, sino en el de alcanzar su propio y formal objeto a través de tales datos. Pero, admitida la desarticulación entre la actividad racional y la realidad, queda aquélla encerrada en un mundo de puras esencias u objetos totalmente inmanentes, el concepto o idea es inevitablemente reducido a una mera copia e imagen de la realidad, a creación del objeto desde y en la actividad puramente subjetiva. Se ha roto el conducto empírico que la unía vitalmente con el ser real, quien la alimentaba y estructuraba en toda su vida intelectiva inmanente desde su trascendencia objetiva.

Ahora bien, en semejante situación lógicamente caben dos actitudes, históricamente cumplidas: o la de identificar en el orden real esas ideas con el ser objetivo o la de reducirlas a pura creación fenoménica dentro de una única realidad objetiva de tipo *trascendental.*

En el *primer caso,* rota la dualidad real de la identidad intencional de sujeto y objeto e identificadas realmente el ser cognoscente y el ser conocido, confundido realmente el orden de los conceptos y el de la realidad, de la Lógica y Ontología, no caben y son suprimidas *realmente* todas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las diferencias atestiguadas por la experiencia, cuyo valor se desconoce y ni sentido puede tener. Sólo existe el ser, único, absoluto y *a se*. Todo es esta única e inmutable realidad de Dios (Parménides y Espinoza). La realidad múltiple y mudable, aprehendida por nuestra experiencia, es ilusoria o puramente manifestativa de una substancia única y divina.

En el *segundo caso*, se llega a la misma conclusión por el camino del idealismo trascendental. Ser y pensar son idénticos en la inmanencia trascendental. Nuestros conceptos son puros fenómenos del espíritu o de la idea absoluta, en cuya inmanencia acontecen aquéllos sólo como instancias fenoménicas, por las que se desenvuelve y cobra conciencia de sí la única verdadera realidad trascendental inmanente a ellos.

Pero por uno u otro camino se suprime la realidad concreta, los seres existentes individuales, aun el propio, tales cuales los aprehende nuestra inteligencia a través de nuestra intuición empírica interior y exterior, absorbida en una substancia única y divina —real o trascendental, en una u otra posición— pero impersonal y de nadie. El ser más auténtico, el ser existente individual, nuestro mismo yo personal, es así diluído y sacrificado en la inmanencia real o trascendental, de una substancia innominada.

Pero ambas posiciones extremas, del *monismo panteísta realista* y del *monismo panteísta trascendental*, están determinadas y animadas por un mismo mal espíritu: el *racionalismo*, que, desvinculando a la inteligencia de la experiencia con el consiguiente desconocimiento del valor de ésta, conduce indefectiblemente —por uno u otro de los dos caminos mencionados— a la *identidad real de pensamiento y ser*, de sujeto y objeto, y lógicamente *al monismo panteísta*.

Pero la verdad es que tal identidad sólo vale para el Ser y Pensar infinitos, para Dios. Fuera de Dios, el ser y pensar son realmente distintos, precisamente porque, siendo finito el pensamiento creado, no puede identificarse con la realidad que realmente no es; y sólo puede aprehenderla sin deformarla en una identidad puramente intencional, como ella es, como realmente distinta de su ser cognoscente. Mas para respetar tal dualidad real en la identidad cognoscitiva de sujeto-objeto, es menester reconocer el valor de la experiencia, que intuitivamente nos da el objeto en su *objetividad* o distinción real del sujeto.

Aferrado a la experiencia —Heráclito redivivo contra el racionalismo redivivo de Parménides— el existencialismo actual encarna la reacción contra ese racionalismo, realista o idealista, que, construyendo e instalándose plácidamente en un mundo platónico de esencias, se desentiende de la más auténtica realidad, la de las existencias concretas, la de la realidad intuitivamente dada en nuestro conocimiento. La tremenda crisis de la vida humana de hoy con su desgarradora realidad era la más conducente para que el hombre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cobrase conciencia de su verdadera realidad, finita y contingente contra aquella filosofía, enteramente irreal, a causa de su racionalismo desvinculado de la experiencia. Desgraciadamente el existencialismo se ha excedido en su reacción y, por salvaguardar los derechos de la experiencia, ha lesionado los de la inteligencia. El existencialismo, como todo empirismo irracionalista, señala la otra posición extrema, opuesta a la racionalista, pero grávida, como ésta, de las más erróneas consecuencias [1].

Lo que importa subrayar aquí es que en este idealismo trascendental —forma a que viene a parar, en última instancia, el racionalismo de las ideas claras y distintas de Descartes— se pierde toda la realidad trascendente e inmanente y, con ello, todo punto de apoyo para el acceso a un Dios trascendente a la propia actividad. Desde entonces es imposible acudir a la ciencia y veracidad divinas para asegurarnos la conformidad de nuestras ideas-representaciones con la realidad extramental y abrirnos así el camino, siquiera indirectamente, a la trascendencia.

Desde entonces no sólo nada podemos saber del ser real de fuera y de dentro, sin contacto alguno con él, sino que ni siquiera podemos saber si existe.

Aislado así nuestro acto racional de todo ser, queda absorbido por una inmanencia trascendental, única y divina,

1 Del existencialismo me ocupo en una obra que aparecerá, Dios mediante, el próximo año.

de un espíritu o idea impersonal *a se*, que se desarrolla y alcanza conciencia de sí en nosotros al enfrentarse con las cosas, pero entendiendo esta dualidad de nuestro ser y del mundo como puras instancias fenoménicas, y no reales y consistentes en sí mismas, de aquella única realidad trascendental, que las soporta y les da existencia en su propia inmanencia.

Las premisas instauradas por Descartes en la filosofía moderna llevaban en sus entrañas el germen ponzoñoso de tamañas consecuencias, cuyo desenvolvimiento lógico implacable nos lo iba a mostrar en toda su virulencia la historia de la filosofía y de la cultura moderna.

9

Contradicciones a que conduce el racionalismo cartesiano

TALES consecuencias idealistas muestran la falsedad del punto de partida y de la noción misma cartesiana del conocimiento. Contra ellas se levanta la voz insobornable de nuestra experiencia, esa voz —la contribución fundamental del existencialismo actual— que nos asegura intuitivamente de nuestra existencia y de la existencia de las cosas circundantes, ofreciendo así a nuestra inteligencia el punto de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

apoyo para penetrar hasta el ser o esencia de tales existencias para llegar desde éstas hasta la aprehensión misma del Ser trascendente de Dios.

Pero lo más grave de este racionalismo, que reduce el conocimiento a pura representación, estriba en la contradicción constante, a que somete la vida del espíritu, ya que no puede formularse siquiera, ni mucho menos desenvolverse, sino apoyándose subrepticiamente en el ser trascendente, del que expresamente afirma prescindir en sus ideas. No podemos pensar nada ni formular el mínimo juicio sino atribuyendo una esencia o modo de existir al ser actual o potencialmente existente. También el racionalista y el idealista necesitan sostener y dar sentido a sus conceptos con el ser trascendente, del que dicen prescindir y aun, a las veces, pretenden negar. Sin el ser trascendente pierde todo sentido y se hace imposible el mismo pensamiento y, con él, la vida toda del espíritu.

Pero no es ésta la única contradicción, que desgarra interiormente al racionalismo idealista, obligado a pensar en realista hasta su misma negación y prescindencia del ser. Una vez que toda realidad ha sido intuída en la inmanencia trascendental divina, otra contradicción devora las entrañas de esta única realidad, la contradicción propia del monismo panteísta: la de identificar lo finito con lo infinito, lo mudable con lo inmutable, lo compuesto con lo simple, lo múltiple con lo uno, etc.; a no ser que se prefiera —a la

manera de Parménides— declarar ilusoria e inexistente toda realidad finita y cambiante, dada en nuestra experiencia.

Ya hemos dicho que Descartes no lleva sus principios hasta el desarrollo final de tales consecuencias idealistas y panteístas. Audaz y temerario en la adopción de los principios, Descartes es cauteloso y prudente en la aceptación de sus consecuencias, sobre todo cuando ellas contradicen la religión, la moral y el sentido común o cuando ellas pueden crearle una situación incómoda en la sociedad de su tiempo.

Sin embargo, con la adopción de tales principios ponía el basamento de la filosofía antropocéntrica de la Edad Moderna con todas sus trágicas secuelas para la filosofía, la cultura y el hombre mismo. Al arrancar la actividad humana de su centro ontológico preciso trascendente, de la experiencia y el ser trascendente aprehendido originariamente a través de su objeto formal propio, lógicamente la convertía en actividad de un espíritu absoluto y divino. Y como el hombre sólo posee un ser espiritual finito, unido a la materia y dependiente de la experiencia sensible en cuanto al objeto de su actividad, el racionalismo cartesiano colocaba la inteligencia —y con ella a toda la vida y ser humanos— en una situación de desgarramiento y contradicción devoradora de sí misma. A tres siglos exactos de la muerte de Descartes, sus principios han desarrollado su trágica virulencia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

10

Condiciones necesarias para la superación y sanatio in radice del sistema cartesiano

PARA impedir tales consecuencias, evidentemente falsas y ante las cuales el mismo Descartes se hubiese detenido, extremecido, es menester substituir el punto de partida falso del racionalismo por el del realismo crítico, que, sin deformar la realidad de nuestro conocimiento, da cuenta de su preciso valor real: un punto de partida menos brillante tal vez, pero *verdadero,* el punto de partida de una inteligencia y de un espíritu finito y dependiente de la trascendencia ontológica y, en última instancia, de la Trascendencia divina, en cuyo sometimiento encuentra, por eso, el enriquecimiento y, en su término, la plenitud de su propio ser.

Es menester *primeramente* reconocer la doble actividad —y facultad— que interviene en nuestro conocimiento. No es éste la inteligencia angélica de un espíritu puro, ni mucho menos divina, sino la humilde inteligencia humana, no es la razón o inteligencia que independientemente y por sí misma alcanza su objeto, sino la inteligencia de un animal, dependiente de la experiencia. Mas inteligencia y experiencia, íntimamente unidas y complementándose en un conoci-

miento total: experiencia que inmediata e intuitivamente aprehende la realidad individual concreta, *existencial,* trascendente e inmanente, pero sin penetrar en su esencia, sin captarla formalmente como *ser* u *objeto y sujeto,* respectivamente; e inteligencia, que penetra en los datos de la realidad concreta de la experiencia y, dejando de lado las notas existenciales e individuantes, llega hasta el corazón de esa realidad, hasta su *esencia,* iluminándola y aprehendiéndola como ser u *objeto* —frente al *sujeto* correlativo— en su alteridad o ser distinto del propio como tal.

Si la inteligencia aprehende el ser trascendente como tal es gracias a la experiencia, la cual le alcanza intuitivamente, bien que no como ser o esencia. Gracias a esta experiencia, la inteligencia descubre además los diferentes y múltiples modos de realización del ser, es decir, que esta noción no es perfectamente una o unívoca, sino sólo una imperfectamente o por analogía y que en su seno encierra los diversos modos de realización del ser. Como fundamento ontológico de esta noción análoga del ser, descubre en el seno de la realidad los principios constitutivos del mismo, de perfección e imperfección o limitación, *acto* y *potencia,* respectivamente, los cuales dan razón cumplida de la diversidad y multiplicidad y también el cambio del ser, tales cuales nos los atestigua la experiencia, evitando así, por un extremo, el *racionalismo* de las ideas claras y distintas, que, llevadas a la noción de ser, conducen a su univocidad y con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ella al panteísmo; y, por el otro, el *empirismo*, que diluye toda unidad y permanencia del ser —y con ellas todo concepto— en la multiplicidad y devenir puro e impensable.

Un análisis objetivo de nuestra actividad cognoscitiva nos la descubrirá como una aprehensión o identidad intencional con el ser u objeto trascendente y distinto de ella, nos hará ver el conocimiento que se nos da no como imagen de la realidad, sino como aprehensión suya bajo uno de sus aspectos. Encontraremos que el ser no está afuera sino en el seno mismo del conocimiento, bien que como otro o *distinto* del acto cognoscente, que el mismo ser, numérica o individualmente el mismo, existe en sí, fuera del conocimiento, y existe a la vez en éste con una nueva existencia inmaterial o intencional, en la superexistencia de la inmaterialidad o perfección del acto cognoscente. Por eso, la inteligencia, reflexionando sobre su conocimiento, podrá ver si éste corresponde o no al ser, ya que ambos están bajo su mirada. En el juicio la inteligencia compara su propio acto cognoscente *(predicado)* con el ser real *(sujeto)* y ve si aquél realmente conviene o no a éste. Semejante reflexión sólo es posible porque el concepto no es una imagen sino una verdadera aprehensión de la realidad. Comunión vital, intencional, ésta con el objeto trascendente, que la inteligencia alcanza gracias a la experiencia.

Desde entonces la cuestión de cómo sabemos que a nuestro conocimiento responde la realidad se nos presenta

como un falso problema, al que sólo la deformación previa de la realidad misma del conocimiento ha podido dar existencia.

En posesión de la noción cabal y de la realidad misma del conocimiento, se verá inmediatamente que el punto de partida de la crítica no puede ser ni la negación ni la duda universal —ni real ni metódica— del valor y alcance real trascendente de la inteligencia, puesto que toda negación o duda, como todo acto de pensamiento, sólo tiene sentido y existencia de tal gracias al ser y a sus principios. El punto de partida de la crítica, desde que él mismo debe constituirse como acto consciente inteligente, no puede comenzar por la negación o la duda universal —real o metódica— que implican la destrucción e imposibilidad misma de todo acto de pensamiento.

Además, de ser posible tal duda universal, aun puramente metódica, su adopción al comienzo de la crítica *prejuzgaría* antes de toda crítica la solución en favor del idealismo y del escepticismo, pues una vez adoptada no sería posible salir de ella, ya que todo intento de hacerlo debería llevarse a cabo por la misma inteligencia, de cuyo valor se ha comenzado dudando universal o totalmente. Toda negación o duda universal al comienzo de la crítica, paraliza y hace imposible toda crítica. No hay punto de apoyo posible en tal hipótesis para evitar el hundimiento total en el escepticismo. Pero lo grave es que se ha destruído todo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

punto de apoyo sin ninguna crítica, pues es la adopción misma de la duda al comienzo de la crítica quien lo ha radicalmente suprimido.

Toda solución que la inteligencia llegue a descubrir —v. g. la existencia propia implicada en el *cogito*, tal como la aprehende Descartes— está afectada radicalmente de invalidez, puesto que su valor depende del valor de la inteligencia que la descubre, el cual previamente —siquiera por razones de método— ha sido puesto en duda y fuera de uso legítimo antes de toda crítica.

El principio de la crítica no puede ser, pues, el de la negación o duda universal —poco importa sea real o metódica, y aun positiva o negativa, mientras sea universal o total— ni siquiera el de la suspensión de este juicio, sino el de la reflexión crítica sobre su propia actividad, sin ninguna duda previa o suspensión de las certezas naturales.

Dirigido así el problema crítico hacia su verdadero objeto, sin deformación previa adoptada sin crítica del conocimiento —sea despojándolo *(idealismo)* sea afectándolo de negación o duda de su valor *(escepticismo)*— y centrada la inteligencia en su verdadero objeto: el ser trascendente, aprehendido intencionalmente en la inmanencia de su propio acto, a través de la intuición empírica, en cuyos datos existenciales concretos lo encuentra como *esencia* o constitutivo del mismo, la filosofía cartesiana es

sanada in radice, sacada de la encrucijada, a que estas dos deformaciones iniciades —*duda inicial universal y desvinculación del conocimiento y el ser*— hijas ambas de su racionalismo, la habían conducido, y capacitada para desarrollarse, ya en pleno intelectualismo empírico, en un sano realismo crítico, conforme a las exigencias de la razón y de la experiencia, alimentada continuamente en su desarrollo vital por la realidad trascendente y sus exigencias ontológicas, siempre objetivamente presentes en el término intencional de su actividad inmanente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Osvaldo E. Cavallo / SOBRE LO HUMANO Y LO ECONOMICO

EN un insólito repliegue sobre sí mismo, tras el periplo humanista que posibilitó la trasmutación de los valores con la afloración de una muchedumbre de mitos en función operante, el hombre acabó por encontrarse solo en medio de un torbellino de signos convencionales de dudosa trascendencia vital. Liberado en gran parte de estos signos, alejado de aquel territorio metafísico que le permitiera el encuentro o la aprehensión directa, inmediata e intuitiva de la interioridad del ser, para decirlo con lenguaje bersogniano, deja de ser, de pronto, centro del mundo para trocarse en un mero cuanto extraño objeto de experimentación. Bajo este clima singular las ideas que ayer lo posesionaron carecen de toda influencia en el proceso de las cosas y son precisamente éstas —la máquina, el telégrafo, el riel, el avión, etc. etc.— las que manejan arbitraria y despóticamente al individuo transformado él mismo en un signo convencional con escaso o

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ningún sentido humano. El ser humano, justamente deshumanizado en un mundo en el que el maquinismo se conduce como el árbitro absoluto, se desespera y angustia por un desemboque real que lo reintegre, paradójicamente, a aquella comarca del ensueño fecundo que precedió al Recimiento.

Es natural que este movimiento de retroceso o de repliegue sobre el propio horizonte vital haya traído por resultado la limitación o sesgamiento un tanto suicida de la visión de la historia, e incluso de la ficción de la libertad (que fuerza al individuo a comportarse *como si fuera libre*), porque es ocioso empeñarse en una gigantesca pugna ante los resultados previsibles que lo encadenan al desarrollo mecanicista de los hechos históricos. La interpretación económica de la historia ha sido y es, a este respecto, una contribución extraordinaria a la mayor confusión, soledad e incertidumbre del hombre tras de sus reiterados fracasos para estructurar un mundo fuera de su mundo, lo infinito dentro de lo finito, adscribiendo en él, junto con sus sueños eternos, sus posibilidades temporales determinables.

Nada hay de extraño, pues, en este descenso vertical, que una tal doctrina haya alcanzado manifiesta difusión y pareja popularidad en cuanto pretende, en fórmulas esquemáticas y descarnadas, entregar la llave de la felicidad humana, sin atender todo aquello que, a su juicio, involucre

un factor subjetivo de negación o desesperanza. Desde la principalísima creencia de que el agente de los cambios sociales es el factor económico, el marxismo finca todo el vigor de su tesis en la aceptación inexorable en el tiempo de su credo ideológico por la parte de pueblo que es el objeto inmediato y destinatario obligado de sus proposiciones. Y así es como el ideal socialista puede triunfar únicamente cuando las masas oprimidas y desposeídas, esto es el proletariado, perciban racionalmente que está en su interés aceptar la cruda imposición de unos cuantos que actúan en su nombre y que se atribuyen el mérito excepcional de monopolizar todo el talento y la virtud, que harán posibles el tránsito fatal de la etapa capitalista a la definitiva organización comunista. (Por de pronto, cabe señalar que es asaz paradójico que el marxismo pretenda construir o estructurar una nueva sociedad sobre la base de elementos individuales dados por el mundo burgués y capitalista que desconceptúa teóricamente, y prometa un hombre nuevo por el milagro de la resurrección política y social que desatará, nuevo Génesis, la Revolución-Mito).

Que el marxismo finca en el factor económico el agente esencial de todas las transformaciones históricas es ya un lugar común. Familiares son las frases que lo denuncian: *La manera de producción de la vida material condiciona, en general, el proceso de la vida social, política y espiritual. El molino de mano da la sociedad con el señor feudal; el molino*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a vapor la sociedad con el capital industrial. Todos los demás tópicos que tienden a explicar o definir la concentración del capital en pocas manos son de cuño semejante. Pero lo curioso es que —razón de estos fugaces apuntes— el apóstol del proletariado, que levantó su airada protesta contra la economía clásica basándose en que aquélla consideraba como categorías naturales o *eternas* las que no eran sino categorías temporales e *históricas,* distorsiona de modo tal su pensamiento que llega a una visible y determinable contradicción. Lo es, sin duda alguna, su idea desarrollada con amplitud de detalles en *Das Kapital,* su obra maestra, acerca de la multitud de hechos gruesos y sutiles condicionados para una apretada interpretación histórica de la Economía. Se trata, en suma, de una *construcción a priori* que ningún marxista osaría negar; prolija investigación al modo de la dialéctica hegeliana que se mueve en el sentido de aprovecharse de ese copioso material en detalle, *analizar formas de desarrollo y descubrir el lazo interno que los une,* según sus propias palabras.

¿Qué otra cosa que escribir historia es este modo de comportarse frente a los hechos particulares individualizados para expurgar su contenido último y extraer de ellos una fórmula computable para su tesis interpretativa? Las formas de expresión, los enunciados generales con que señala sus aportes a la ciencia económica son indicativos de una actitud contradictoria en grado sumo, porque sur-

gen de ellos que los hechos económicos aparecen condicionados por los de carácter histórico, como las leyes, la política y las ideas dominantes, en tanto que estas últimas son a su vez productos de las condiciones económicas. Lo cual importa afirmar, en síntesis, que las llamadas superestructuras, o manifestaciones de las relaciones de producción, gravitan en la formación de nuevas condiciones históricas que hacen a la vida pública y social. Es preciso subrayar este enlace tan estrecho entre dos interpretaciones que se excluyen y no se complementan, donde aparecen confundidas relación de reciprocidad con relación de causalidad en el vano intento de armonizar ambas en un sistema superior. O la Economía es la causa de la Historia (saber de hechos y no saber de esencias, según Bacon), o la Historia es fruto de la Economía (axiología regional); pero en modo alguno son válidas las dos proposiciones y difícil empresa su conjugación.

Puesto que lo histórico importa referencia exclusiva a lo individual (lo que es accesorio), en tanto que las leyes económicas son referidas a generalidades, no sirven éstas para definir ninguna circunstancia de aquella especie. La parte no puede explicar el todo, lo universal lo particular, y a la inversa.

Desde el punto de vista estrictamente marxista sería lícito atribuir idéntico influjo a los hechos biológicos, pues el hambre y la sed, por ejemplo, son tan fundamentales como

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el pensar, ya que no hay vida espiritual sin vida biológica. Además, el capricho del hombre es tan importante como su necesidad, o por lo menos, siendo real, confiere a los hechos subsidiarios un valor puramente subjetivo y substancial. Cabe incluso apuntar la influencia que en lo individual pueda tener el hecho de coleccionar timbres postales, pero no se deduce de esta minúscula preocupación una ley de carácter universal. Pero es bien cierto, como lo observa Chesterton con su lograda genialidad, que el afán desmedido por lo superfluo puede transformarse en niebla dominante que haga que la vida sea vivida sin libertad y sin decoro...

Está probado, por lo demás, que el hombre es el único ser de la creación que no sólo hace lo que le conviene, sino lo que se le ocurre, ajustándose a sus necesidades biológicas, espirituales o morales, o excediéndolas de consuno. No hay una ley con fuerza coercitiva suficiente capaz de constreñirlo y obligarlo a actuar como un mero autómata, siendo inútil todo intento para torcer el curso del destino individual, porque todo dogma choca con aquella humana resistencia para cumplir o evadir con igual tenacidad las leyes naturales. Goethe pudo afirmar que lo justo es lo que está conforme con la naturaleza, pero la naturaleza misma varía por obra y gracia del espíritu que actúa dentro de la libertad que la vida condiciona.

Digamos, por otro lado, que un Estado concebido bajo el molde materialista dialéctico, producto de una concep-

ción donde la libertad ha de buscarse dentro de la misma naturaleza de las cosas, es una máquina desprovista de humanidad y fatalmente convierte en máquinas a los individuos sometidos a sus determinaciones domésticas. Y no basta que los que ejerzan la tenencia material del gobierno puedan estar poseídos de algún sesgo idealista o dotados de condiciones superiores, pues cuando la ciencia y la religión se convierten en instrumentos del poder totalitario-antihumanista, muere en germen toda idea de espiritualidad.

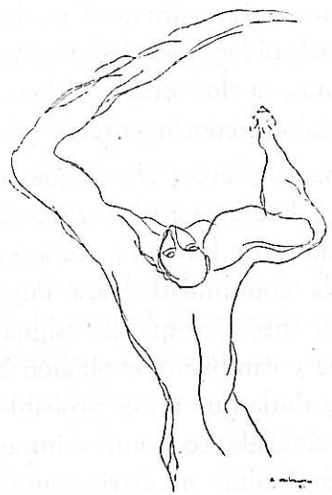
Ni cabe discutir siquiera la influencia perniciosa del espíritu sectario que excluye toda negación y crítica de las doctrinas convertidas en dogmas sagrados que subalternizan a los individuos hasta convertirlos en instrumentos ciegos del poder. Sin humanismo integral no hay posibilidad de creación individual, ni hay sociedad organizada para producir valores eternos, a los cuales deben estar sometidos todos los demás valores contingentes.

Estamos inclinados a creer ahora que, como en tiempos de Protágoras, el hombre vuelve a sentirse dueño de sí mismo, medida de todas las cosas, sumergido con amor en la plenitud de la comunidad, para cuyo bien las cosas adquieren el valor subjetivo que les asigna el impulso individual en perenne y cambiante evolución de formas y contenido. Ya nadie duda que no es probable que, liberado el hombre de sus necesidades económicas inmediatas (postulado marxista), pueda resultar necesariamente el bien del libre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

juego de las actividades. Esta creencia hace que el marxismo se convierta en predicado moral y en conciencia religiosa, siendo una verdad axiomática que en todo tiempo el hombre amó el riesgo en la acción y el riesgo metafísico en la especulación, como diría Guyau.

Y agreguemos como párrafo final que si la Humanidad ha de salvarse no será por la vía del odio clasista (postulado político que impone el materialismo dialéctico como expresión y método de lucha) sino por la conjunción de fuerzas e intereses humanos armonizados en bien y en justicia, empresa ésta del espíritu como animador supremo y coordinador de lo preexistente.



Juan Carlos Dávalos / CANTO A SALTA

¡CUNA de mis abuelos tierra madre!
doncella india que una turba hispánica
violó, de eternidad y oro sedienta,
en la gesta feroz de la Conquista:
piadosamente mi plegaria elevo
por los débiles genios que ampararon
en tu caliente seno a esos demiurgos.

Ellos, desde los bordes de tus ríos
que al Paraná gigante se encaminan
hasta las osaturas del planeta
perennemente al cielo congeladas,
crecer han visto a las generaciones
de una Patria en embrión: las multitudes
que bajo el signo de la Cruz habían
de renovar los bríos y los sueños
de una feliz Humanidad sin castas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ni prejuicios, ni déspotas, ni esclavos.

Esta visión de fértiles comarcas
que de los Chacos a los altos Andes
todos los climas de este mundo ofrecen,
inspiró a los patriotas que nos dieron
Constitución orgánica, esa grande
consigna de los viejos argentinos:
"Vivir, dejar vivir" *al extranjero*
y ayudarle a vivir entre nosotros.

En ti se cumple, generosa madre,
desde el alba de Mayo aquel destino
que los predios de América señala
para exaltar la dignidad del hombre.

Bulle en mi sangre, ¡oh, Salta insigne! el fuego
de la cristiana fe y la resentida,
melancólica flema del salvaje
que en tus montañas y en tus selvas hondas
buscaba una expresión al infinito
impulso original hacia lo Eterno.

Mézclanse en ella en confusión informe
la fiebre de la acción, ese atavismo
del español soberbio y el reposo

del indio indiferente, aún sometido
en su primitivismo sin mañana,
a las fuerzas telúricas . . . ¿Refleja
tal índole resabios polinesios
de las tribus coetáneas del diluvio,
o de los pueblos nórdicos, acaso,
que en Yucatán y Huxmal dejaron moles
perdidas, cual la huella de los tigres
en el cambiante limo de los ríos?

Yo te venero, madre de pastores
gauchos, aquellos que el Bermejo incierto
antes de ser provincia navegaron
con su jefe mestizo a la cabeza;
canto a los fuertes hijos de soldados
españoles que al indio sometieron,
—su primo hermano—, un día en "guasabaras"
contra los indomables Calchaquíes,
y siempre con las hordas que obligaron
a los del rey a levantar los fuertes
de Cobos, del Piquete, de Balbuena
que las rutas de Lima protegían
de norte a sur hacia el enorme Plata.

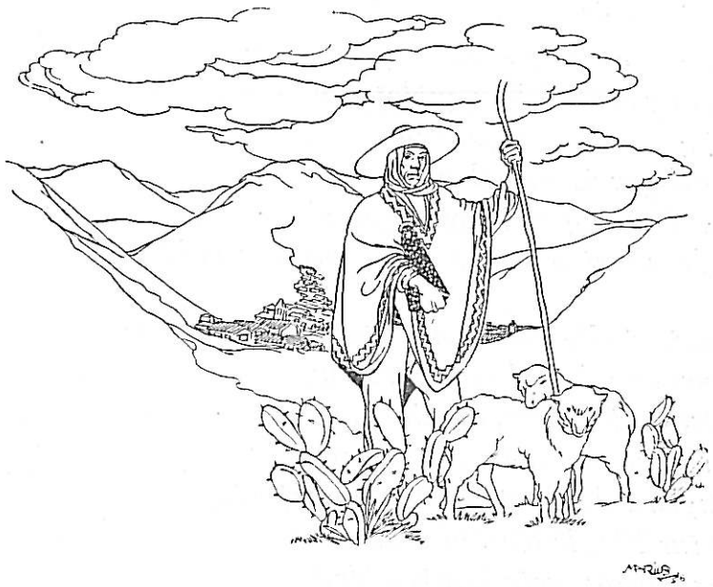
Canto a esos hombres sedentarios, fuertes,
barbados, mozos sin señor, calmosos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en el pensar, en el actuar intrépidos
que al General Paisano secundaron
y fueron Infernales sólo en nombre:
los que aplazaban sus faenas rústicas;
sus trojes a los godos escondían
y gritaban en arduos entreveros:
¡Viva la Patria! *defendiendo honrados,*
contra las huestes de la España el monte
donde pacían sus ganados lentos,
la heredad absoluta de sus hijos
y de todos los hombres que quisieran
compartir su dolor y su esperanza
bajo su techo en una Patria hermosa.

Canto a los muertos que en la noche triste
de la Organización fueron segados
por la barbarie cívica, en combates
o en los desiertos a traición, estúpido
resabio de bestial intolerancia
que ojalá nunca vuelva ¡oh Salta heroica!
bajo tu cielo a concitar la furia
de las pasiones, pues en tu regazo
los hombres sueñan ser hermanos, todos
a la sombra magnánima de Cristo.

Canto a los industriales poseídos



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de fe en el porvenir, jóvenes criollos
que a través de pantanos y de cerros
y de torrentes, las primeras máquinas
trajeron de Inglaterra e instalaron
al pie de nuestros montes y en los valles
de Lerma y Campo Santo aserraderos;
molinos y curtiembres explotaron,
y el ingenio de azúcar, exponente
de inteligencia que el inglés secunda
y con visión sagaz de los negocios
cuando ya están en marcha, compra y guía.

Canto ¡Salta inmortal! a los sesudos
varones que al país ennoblecieron
médicos y políticos, humildes,
que se dice que son, calculadores,
los ingleses del norte, mas ¡qué importa!
si de tus hijos la Nación venera
a Castellanos, vate insuperable,
a Güemes del abuelo ilustre vástago,
a Ibarguren, dechado entre los jueces,
a Gurruchaga que la Armada inventa
y al plantador que en Santa Fe prohija
la Colonia Esperanza, cuando nadie
creía en el milagro de los trigos.

Y canto, ¡oh madre!, al renovarse eterno
de tus viñedos, de tus arrozales,
de tus rubias hectáreas de tabaco,
de tus invernaderos, alfalfares
regados con paciencia por tus hijos
que la carne bovina a Chile mandan;
y la fecundidad de los terrenos
calchaquíes que rinden todo fruto
de Asia y Europa; y a tus naranjales
y a tus inmensas hortalizas que hacen
madurar tomatales y legumbres;
y a tus valles serenos, escondidos
entre montañas donde se apacientan
los ganados menores y vicuñas
de abrigado vellón que hilan y acendran
las arcaicas industrias de tus hijos.

Y canto al pejerrey de tus lagunas,
a la trucha, al pacú, al voraz dorado,
al sábalo, a la yusca de la acequia
y a la infinita fauna de ala y pelo
que permiten que el hombre de tus campos
viva encantado bajo el sol benigno
que tu entraña inmortal nutre y fecunda
para darse a los buenos de la tierra.
Canto a los genios ágiles del aire,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que entre los cactus y las breñas danzan
dispersando semillas en agosto;
a Coquena pastor de unos rebaños
que llevan oro y gemas a sus minas;
al Pugio en las vertientes prisionero
que mira enamorado a las estrellas;
al Cóndor, hambre alada de las punas,
al venado, relámpago del miedo
que es, si al oculto cazador ventea,
galga volante de tus precipicios;
al Ciervo cuyas arboladas astas
matorrales chaqueños disimulan;
y al viento blanco y a las Apachetas
que los senderos ríspidos jalonan,
prehistórico altar de los humildes
hijos de la terrible Pacha Mama.

Agradecido a este fervor antiguo
que de tu entraña al corazón me sube,
—así el lapacho en ramos floreciente
de terciopelo rojo—, nada quiero
de tus tesoros, opulenta Madre,
ni la riqueza que los hombres buscan;
sino la plata del hirviente arroyo,
el oro de tus tardes de setiembre,
la paz de tus bochornos adormidos

por las torcazas en la fresca umbría
y el canto del zorzal en el silencio
de un viejo bosque al declinar el día.

Canto a la nueva estirpe que al futuro
tiende su esfuerzo en los distintos ámbitos
que tu suelo les brinda, inagotable;
hombres venidos de lejanas patrias;
perforadores del petróleo, sangre
negra del sol en coágulos dormida;
exactos hiperbóreos, ingenieros
de obras de regadío colosales,
sabios que el acueducto de Trajano
proyectan superar entre tus cerros;
constructores de diques y canales
y centrales eléctricas que pronto
darán luz y energía por los siglos
a las generaciones esperadas.

¡Con qué exaltado espíritu proclamo
tu inmenso porvenir, oh, madre Salta,
tus predios y ciudades florecientes
en que un himno de paz y de concordia
canten hombres innúmeros, prodigio
del triunfo, del trabajo y de la ciencia
sobre tu vasto territorio virgen!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Guillermo House / EN CORAZON DE QUEBRACHO

CUANDO él aparece en la sala de estar, el sol se ha adueñado de todo el ámbito. Viene el hombre trajeado a la usanza del campo —sólo se viste de *breeches* en los partidos de polo— bombacha amplia, botas negras semiplegadas, "corralera" y pañuelo de seda blanco, descuidadamente ceñido al cuello.

Contrariando sus hábitos, Julio se ha levantado tarde, a causa de un libro que le "agarró" hasta pasadas las tres de la madrugada. Pero una buena ducha le ha restituído la agilidad necesaria para entregarse a su tarea favorita: ejercicio de taqueo en la cancha de polo que tiene cerca de las casas. Como todas las mañanas antes de salir al campo, dirige los ojos al busto de su abuela materna. Es una escultura en corazón de quebracho colorado, obra de Erzia, —de sus primeros magníficos ensayos— y se halla patinado, como si alguien hubiérase cansado de acariciarlo, alisándole los cabellos. Julio ha terminado por sentir una verdadera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

devoción hacia esa escultura, por lo que ella significa en esa casa de campo —esa estancia La Tacuara que heredará cuando su madre desaparezca y que perteneció a la hermosa mujer trasuntada en el busto. Su nieto conserva de ella un amable recuerdo, acrecentado en veneración por el andar de los años.

Un rayo de sol, trepado sobre el hombro izquierdo de la escultura se prepara a dar un salto para instalarse en la cabeza y proporciona al quebracho patinado rara prestancia.

Julio, sobre el umbral de la puerta que acaba de abrir, vuélvese y, como todos los días se despide:

—¡*Chau*, vieja!

Es el cariñoso tratamiento que el nieto prodiga a ese busto, a esa abuela que fué siempre "su vieja". Cuando desciende los pocos escalones que llevan al patio de las casas, recibe el abrazo fresco y cordial de las mañanas de octubre.

Julio, un hombre que ha traspuesto ya los treinta y cinco años, es, al decir cargoso de su madre, "un solterón empedernido".

—¡Bueno, bueno! . . . —pretende tranquilizarla—. No te aflijas, madre, que todo se andará . . .

—¡Todo se andará . . . pero tardas en llegar. Como automóvil descompuesto.

Él suele eludir las retahilas para no amargar lo que comprende que es para ella —y no se equivoca— el peso abrumador de una soledosa vejez sin nietos. Sin los nietos

con los que soñó su madre para llenar La Tacuara de trinos y llantos.

—¡*Chau*, vieja! . . . —va repitiendo *in mente*, su blanco saludo al busto mientras la mañana, clamorosa de pájaros, se le coloca a la par en ese andar a trancos en dirección a los palenques.

Allí le espera Martincho, cabalgando un tobiano al que hace jugar, junto a la cabeza y en amplios círculos, un taco de polo. Martincho, hijo del capataz, es el chico de los mandados. Ahora, lo que más interesa al estanciero es probar una potranca mora, bastante resabiada, pero de la que se puede sacar mucho bueno. Algo tiene de culpa en ello ese Martincho; a veces se le va el taco y, con éste, alguna bocha "cachuza".

Julio apresura el paso. Los mates que tomara le han despabilado y el fresco matinal termina por regocijarle. Su euforia comienza escapando en alas de un silbido vano, especie de soliloquio; sigue en canción y finaliza con un estridente llamado. Desde lejos, Martincho le responde con un alarido remedoso del grito del chajá, y se pone al galope.

—¡Güen día, patrón! . . .

—¿Cómo te va, che? ¿Qué tal anda el Carancho? . . .

Lindo, nomás . . .

Un rato más tarde, Julio galopa tras de la bocina que impulsa con suaves tacadas. Así consume el cuarto de hora dedicado a su tobiano que responde sin inconvenientes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Como remate, perfora la soleada alegría con un espléndido tiro de "sesenta yardas". Por fin, se apea junto a los mimbres y, tras de cruzar los estribos sobre la silla, despide con unas palmadas al Carancho que toma el trotecito hacia los palenques. Advertido Belarmino, su capataz, despréndese de junto al corral y le trae de tiro su potranca mora.

—LINDA la hiciste, ¿no? Esperándote hasta la una y media . . . Muerta de hambre.

—Madre, te mandé avisar con Martincho que no almorzaría contigo.

—Sí. Sólo que el mocoso se acordó un poco tarde.

Julio se había ido con los Bermúdez hasta La Piltrafa, "a probar unos petisos fantásticos".

—Vos sabés, madre, que esos son como yo, unos polistas discretos nomás . . . —abraza a la señora—. ¡Pero suelen conseguirse cada caballo macanudo! Yo no sé de dónde los desentierran . . .

Ya la muchacha enciende las lámparas; esas que de noche nos traen el sol.

—¡Ah! Y, también, te olvidaste de encargar la nafta! Y dice Belarmino que hasta el miércoles no podrán mandarla del pueblo. ¡No sé para qué tendremos motor! . . .

—¡Déjame que te bese, antes de que las lámparas alumbren más— discúlpase Julio—. La abuela se pondría celosa —termina sonriente, mirando hacia el busto.

—¡Zalamero!

—¿Era más linda que tú, verdad? —provoca el hijo.

—¡Quién lo discute!

EMBARCADOS los petisos, madre e hijo se dirigen en automóvil hacia la capital. Dentro de tres días comenzará el Campeonato abierto de Polo y, anunque su equipo no tiene mayores pretensiones de clasificarse, tanto Julio como sus compañeros llevan el deporte envuelto en un loco entusiasmo. Y una esperanza oculta en los colores de su Club.

Allá en las casas, en su sala de estar, ha quedado el busto de la abuela. Junto a él, un sillón de caña de la India monta guardia. Sus brazos rígidos parecen los de un viejo que posara sus apagadas manos sobre los muslos, empeñado en escuchar el silencio de la casa cerrada.

Diez cuadras más allá de La Tecuara queda la casa del mayordomo. La que se dedicaba a esos servidores hasta el año pasado. Donde residió el último de ellos, ya que ahora en La Tacuara "se arreglan con el capataz". No hace todavía un año que los Iriarte se fueron a Bragado. Ahora los tiempos se están poniendo duros y las cargas, más pesadas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Junto a la reja del antiguo portón, algo que el viento ha ensartado en los barrotes —un papel quizá— se mueve como pañuelo agitado por un adiós.

—Lo mismo que si nos despidieran —murmura la señora, recordando acuitadamente a sus viejos servidores.

Julio, sumido en Dios sabe qué recuerdos, nada responde. Pero, en cambio, "divisa" una grácil silueta, de pie junto a los hierros, agitando con su mano pálida ese pañuelo blanco en despedida; como si nunca hubiera aprendido otra cosa. Jamás en señal de acogimiento; jamás para atreverse a llamarle. Para llamar a nadie . . . ¡Tantas veces ha divisado Julio esa silueta, desde lejos y sólo en ocasiones para arrimarse hasta la reja! . . . Ahora que ya no está, la ve patente en ese mismo punto de la entrada donde el perfil inconfundible aparecía no bien un automóvil o a menudo el galope de cualquier caballo anunciaban gente de las casas . . .

Ahora eso blanco, papel o pañuelo, como sudario de algo indefinible, está despidiendo a los viajeros una vez más. Hasta que la casa, con el andar apresurado del automóvil, permanece relegada en el espacio y en el tiempo. Y, también, la memoria de quienes en ella vivieron.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TODO ocurrió en la forma sorpresiva, inesperada en que advienen las cosas desagradables. La mayoría de las desgracias.

Durante el tercer partido del campeonato abierto, Alvarez Dorrego, el inquieto y eficiente número uno del conjunto "Los Matacos", (así reza el suelto periodístico) cruzó a Julio por delante, —¡juego peligroso!— y, maneándole a su tobiano, lo hizo dar una vuelta "por sobre el tuze". Julio, su liviana humanidad, se halló de pronto bajo las patas del caballo. Una roja marca de herradura en el torso fué lo menos. Lo grave, lo desgraciado resultó el traumatismo aquél de refilón que el estanciero de La Tacuara recibió en la cabeza, no obstante lo inconsciente del golpe ya que su noble tobiano trató instintivamente de no pisar al dueño, deteniéndose casi al instante. Resumen: cinco días de "diagnóstico reservado" y una prolongada convalescencia cuya última parte transcurre ahora en La Tacuara, entre severo tratamiento y forzado reposo.

El golpe en la cabeza ha interceptado algunos centros nerviosos; su cerebro se halla como encerrado en una caja hermética, en una cámara oscura y él, obligado a andar a tientas. Sus ojos le han transfundido esa penumbra sentimental que acompaña a todos los ciegos por accidente.

Pero —este "pero" es del médico y encierra una dilatada esperanza— el enfermo sanará. Es decir que recobrará la vista en un plazo razonable. Este tónico espiritual que

el especialista ha suministrado a ambos, madre e hijo, es lo único que alumbra la vida del enfermo; que alienta la entereza de su pobre madre.

—Si te hubieras casado, con seguridad que ella no te habría permitido intervenir en ese dichoso campeonato —insiste su gota de agua.

Entretanto, Julio, conocedor al detalle del ambiente en las casas, anda a tientas es verdad, pero con mayor soltura de la que hubiérase esperado. El bastón, más que un báculo, junto a él es un amigo. Cuando quiere descansar de ese lazarillo que las circunstancias le imponen, acude al busto de la abuela. Junto a él y como si le confiara un pedido, se deja estar largos ratos. A veces, más tiempo del razonable. Acaso haya algo más fuerte que su voluntad o que su hastío (ese hastío exacerbado en él por la falta de lectura) que se empeña en retenerle allí. Su actitud es, aparentemente, la habitual, por eso no llama la atención. Sin embargo, al enfermo le retiene esta vez una cosa desconcertante, algo que en un comienzo le pasó inadvertido. Ahora, y siempre con mayor persistencia, sus dedos se deslizan acariciando eso que ya no opone la rigidez del quebracho. No solamente los rasgos de la escultura se ablandan, se hacen más suaves al tacto de sus manos ya febriles; es que ofrecen, también, inexplicable calidez.

—¡Julio, por favor!. . . —es la voz de la señora que, desde su dormitorio interrumpe al hombre—. ¿Hasta qué

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hora vas a quedarte leyendo? . . . ¡Oh! —recapacita, espantada— perdóname hijo! ¡Qué horror! ¡Lo había olvidado todo! Dios mío . . .

—No es nada, madre. No es nada.

Julio acaba de separarse del busto y ya se oyen, muy espaciados, algunos golpes de su bastón de ciego sobre el piso y las paredes.

Esta vez se duerme muy tarde, al amanecer, casi; desconcertado con eso que no acierta a explicarse y que, por momentos, teme y desea que vuelva a repetirse. Sus trémulas manos andan a tientas sobre las cobijas. Hasta que sus ojos, imposibilitados de advertir la luz matinal, se cierran cansados de tanto mirar hacia adentro.

EL día que más necesita Julio para su reposo —para su siesta— han llegado los Bermúdez de La Piltrafa y se lo llevan a almorzar consigo. No están ellos, claro es, en la intimidad de su insomnio de la víspera. Quieren distraer al amigo, porque le advierten sumido en prolongados y persistentes silencios. Y pretenden, haciendo proyectos para cuando Julio recupere la vista, curarle entretanto de ese traumatismo psíquico que amenaza llevarle a un profundo derrumbe moral. Por eso, la chacota que acompaña su partida resulta un tanto exagerada y es muy posible que el mismo

enfermo no se engañe. Pero, el proyectado "día" que le prometieran se estira a tres y el demorado regreso de Julio se produce, inexplicablemente para ellos, a instancias del mismo enfermo.

NUEVAMENTE se encuentra el estanciero en la sala de estar, con la intimidad de sus recuerdos rodeando a una ceguera exclusivamente física.

Adviértelo nervioso. Espía con el oído los últimos detalles de la tarea doméstica a que se halla entregada la mucama. Cuando todo le asegura que ha quedado solo, el enfermo acércase a la chimenea desde donde el busto de la abuela preside la soledosa quietud de la casa. Su madre ha ido hasta el jardín en busca de algunas flores.

—Mis cigarrillos ¿dónde están? . . . —murmura. Es una añagaza de enfermo que pretende asegurarse.

Al no obtener respuesta, Julio, ya junto al busto, lo toma con manos trémulas, con la misma delicadeza que habría empleado para con una mujer de quien deseara asegurarse el beso mañosamente consentido. Apenas sus manos, sus dedos acarician, esos rasgos como obedientes a un conjuro se tornan blandos, dóciles; la frialdad de la escultura cede paso a una tibia intimidad de carne y hueso; los cabellos se hacen hilacha sedeña. Hasta esos labios que él conoció de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

recio quebracho colorado, flexionan, adelantándose para un susurro:

—¡Julio! ¡Querido mío!...

Y el busto ese, que pesa ahora de otra manera, al que con un brazo sostiene por la nuca mientras la otra mano se deleita acariciando mejillas, ojos, cabello; ese busto inclínase ahora hacia atrás en tanto los labios se abren en flor de rendida ternura:

—¡Julio mío!... —alcanzan a murmurar una vez más, apagados por el beso que no quiere terminar, que se prolonga, envolviendo, en desmayada despedida—. ¡Julio mío!...

Rumor de pasos y la voz de su madre anunciándole lo hermoso de las flores recién cortadas, lo vuelven todo a la realidad. El busto recobra suavemente su posición y, con ella, la rigidez peculiar. Su patinada antigüedad de siempre.

Cuando entra su madre, ya el báculo le acerca con suaves golpes que, en el piso, van anticipando un amargo camino de ciego.

Días más tarde, a punto de sentarse a almorzar, la mucama entrega la carta.

—Acaba de traerla Martincho. Se la dieron en la estación.

El rumor característico del papel al desdoblarse quiebra todo ritmo. Y las flores, su aroma, hacen extrañamente

liviana la demora. Hasta que Julio, advertido de que ésta se prolonga, detiene el silencio.

—¿Qué, madre? ¿Algo mal?

—No, hijo... es decir... no sé...

—Pero ¿cómo?

—Iriarte, el pobre...

—¿Ha muerto?

—Él no... Rosaura, su hija.

Julio enmudece. Busca a tientas el respaldo de una silla, la mesa, algo en qué sostener su desconcierto.

Como sobre un mar de fondo, la madre no advierte en los rasgos fisonómicos del hijo la menor reacción. Ha quedado inmóvil, los párpados cerrados, prietos los labios. Ni su garganta es capaz de deglutir la angustia que se esfuerza por romper su corazón.

—Parece que no te aflige mucho la noticia...

Julio sigue callado, gacha la cabeza. Como negándose al comentario. Entonces, ansiosa, por conmoverle, por sacudir esa aparente abulia, su madre le revela con voz quebrada:

—¡Pobrecita Rosaura! ¡Y cómo te quería, hijo! ¡Tú no lo sabes ni te imaginarás nunca, cómo y hasta qué punto te quiso esa mujer!

(Ilustración de A. Lisa)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Arturo Horacio Ghida / LOS CUENTOS CRIOLLOS DE LUGONES

LAS naciones tienen, como los hombres, una edad en que manifiestan, libres de adherencias engañosas, su ser entrañable, que podrá o no alcanzar la plenitud de su expresión, pero sin el cual su perfil se desdibuja y pierde carácter. Es preciso reconquistar esos territorios invisibles, beber de sus aguas, aspirar sus aromas. Cierto: el tiempo —dicen los apremiados por el reloj— marcha inexorablemente, no tolera morosidades contemplativas. Y luego, el progreso —¡el decantado y consabido progreso!— nunca se ha hecho acumulando cenizas. Pero ¿qué es el progreso? ¿Creemos, acaso, con fervor absoluto, en el dogmatismo progresista? Y aunque lo admitamos ¿hemos de desconocer, por ello, la acción de las fuerzas espirituales capaces de infundirle un sentido de continuidad histórica? El pasado vive en nosotros; somos nosotros mismos el pasado; de nuestra voluntad depende el enriquecimiento o el despilfarro de la herencia antigua. En la tierra madre común, en la tierra argentina, infinita y generosa hija del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cielo, que sube desde el océano hasta las altas estrellas para nombrarlas con la nevada voz de sus montañas, tenemos nuestra herencia; y está en las virtudes de esa tierra, en su humanidad esencial, en su nobleza de estirpe cristiana y caballeresca; en los sentimientos de las gentes que Leopoldo Lugones cantó y celebró en el ciclo argentino de sus obras.

"*¡Feliz quien como yo ha bebido patria en la miel de su selva y de su roca!*", escribió el poeta en la "*Oda a los ganados y las mieses*". A la patria se la descubre en la selva y la roca, no en el aire turbulento y mental de las ciudades. En la selva y la roca están los pájaros, los árboles, los ríos, los misterios, la genesíaca fuerza del hombre. Allí la tierra abre sus ojos, entre la sombra que surca el verdor y alarga una sonrisa enigmática como la noche. Y también perdura la historia, lo ancestral; el tufo de los potros y los alaridos de las tribus soplando sobre el viento, el grito iracundo de los entreveros en las luchas civiles. El arte admirable de Lugones, en las robustas páginas que expresa esa realidad, adquiere la energía y la gracia de la naturaleza, de una naturaleza que no ha sido importada, que es exclusivamente nuestra.

RAMON PEREZ DE AYALA ha trazado un sutil distingo entre la obra literaria y la obra de literatura. En la primera, según sus palabras, prevalece el espíritu sobre la

letra; en la segunda, la letra prevalece sobre el espíritu. "Suele ser característica de las obras literarias —aserta— la concentración, la coherencia, el equilibrio y ajuste entre la palabra y su contenido; la parsimonia en metáforas, locuciones traslaticias y elementos de mera ornamentación. Y viceversa, las obras de literatura se caracterizan por la dispersión, la incoherencia, el desequilibrio y desproporción entre el sentido, alcance y profundidad de lo que en rigor se está diciendo y la manera pingüe y enfática de decirlo; el abuso y fruición en el empleo de símiles e imágenes extravagantes y todo linaje de superfluos ornatos". No se pretende establecer, con estos conceptos, una jerarquía, una tabla de valores entre obras literarias y obras de literatura, sino apuntar dos tendencias que comúnmente se advierten. El dominio de la técnica, la feliz asimilación de las influencias, el poder de la expresión verbal, la superior maestría del artífice, permiten realizar, sin duda, bellas obras de literatura. Empero, para que aparezca la obra literaria —en el sentido que dejamos expuesto— es necesario que el espíritu predomine sobre la letra. Y no hay que confundir el espíritu con una entidad abstracta y fantasmal, análoga a los demonios griegos que, según se cuenta, residían en el aire. El espíritu nace de la tierra, se nutre de ella, es su divinización. En Leopoldo Lugones, las "*Odas Seculares*", "*La Guerra Gaucha*", "*El Payador*", los "*Poemas Solariegos*", los "*Romances del Río Seco*" y los relatos breves de los últi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mos años —aun no recopilados en volumen— marcan la clara trayectoria de un proceso de enriquecimiento interior, a través del cual la obra de literatura se transforma en obra literaria, en síntesis y exégesis de criolledad. La letra aparece, entonces, vivificada por la áspera sangre de la sierra y de la llanura, por el aliento de la patria rural que el poeta guardaba en su alma, con los encomenderos y soldados y las sombras familiares que durante cuatro siglos la amaron y sirvieron.

HA observado Arturo Capdevila que los gauchos tienen un significado decisivo en la formación de Lugones. "Importancia —señala— para su lenguaje, para sus maneras y hasta para su conducta". Convivió con ellos tempranamente, en los lugares cordobeses de Villa María. Eran hombres, como aquel Juan Rojas de los "*Poemas Solariegos*", probados en duros menesteres, afectuosos y sobrios, pudorosos y corteses, que sólo calzaban bota en los padrinazgos y no tenían competidores en los trabajos de destreza. Ese tipo de gaucho, apunta Capdevila, "es el que en la infancia serrana de nuestro Leopodo valdrá por un preceptor. Es el que le dará referencias extrañas sobre las plantas o hierbas. Es el que un día le dice que al indio mataco se le nota el rabo, y que el guaycuru es entre todos rencoroso. Es el que se muestra siempre gallardo y gentilhombre, así sea en la

desgracia". En los fogones, junto a la transparencia temblorosa de los arroyos, bajo el cielo del traspatio apacible, entre las lluvias perfumadas de romero, en las charlas fiesteras, oyendo el gemido de las guitarras, melancólico y viril, apareció ante sus ojos, recia y esencial, la belleza de la tierra nativa. Si en las "*Odas Seculares*", "*El Payador*" y la "*Guerra Gaucha*" se manifiesta la patria sentida como heroísmo, en los "*Poemas Solariegos*" y en los "*Romances del Río Seco*" —particularmente en estos últimos, donde Lugones alcanzó, a nuestro entender, la plenitud de su expresión— resplandece la Egloga, de largos y verdes cabellos, como un quieto remanso de felicidad campesina.

Los relatos a que aludimos fueron, quizá, redactados en esa misma época. Su trama argumental es muy simple. En "*La tigrera*" se narra la historia de una chicuela, así apodada porque en una ocasión la pillaron jugando, entre la maleza, con todo un señor tigre, de merecida y sangrienta fama, que se divertía mimosamente con la niña, igual que un gato socarrón, sin preocuparse de asustarla siquiera. "*El perro flaco*" nos presenta un ejemplo de fidelidad Los restos de su dueño, asesinado, yacían en un matorral. A fuerza de meneos de cola, trotecitos bastante misteriosos, el perro logró atraer la atención de las personas, y al cabo los despojos fueron descubiertos y trasladados al cementerio. El animal se echó sobre la sepultura y allí murió. El protagonista de "*El vecino*" es un zorro

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rabón; aquerenciado en unas peñas solía instalarse a tomar el sol. El muy ladino disfrutaba de los gratos goces de la familiaridad, pero ésta une a sus ventajas sus inconvenientes. Un buen día le asaltó la tentación de morder una presa envenenada, cuyo destinatario era un puma, y Juan —todos los zorros son "Juanes", como el carancho es don Rosa y el sapo ño Bailón, tal vez por los saltitos— pasó a mejor vida. El heroísmo de un cóndor, que por su bravura se salva de la implacable sentencia del cazador, constituye el tema de "*Sangre real*". En "*La mula negra*", la entereza y baquía de un peón —el negro Faustino— revelan cómo la varonía puede conservar su dignidad hasta en el infortunio. "*El burrito servicial*" trata de un hábito no frecuente: el del agradecimiento. Cierto geólogo escandinavo permanece una temporada en la sierra; el estanciero que le da albergue proporciónale también un pollino, grave y viejo, para que le sirva de compañía en sus andanzas. Geólogo y burrito llegaron a entenderse tan cabalmente que el sabio, antes de regresar a su cátedra, quiso expresar en alguna forma su reconocimiento, y logró que el estanciero jubilase al asno "para toda la vida, en el alfalfar que, con certeza, ha de ser el paraíso de los jumentos". La lealtad y el coraje de un perro de majada llamado "Cual" dan asunto al cuento que lleva ese título. La sencillez de las narraciones recuerda la de las fábulas

LUGONES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y apólogos, y en ellas se trasunta, también, una intención ética, una exaltación de los valores morales

¡Y qué estilo! ¡Qué magnífica conversación criolla la de esta última prosa de Lugones! Escuchemos la vivaz y fragante sugerencia de ambiente con que se inicia "*Sangre real*". "Cualquier otro verano, si una de las tamberas hubiese vuelto sin su cría como esa vez, al rodeo del medio día cerca del jagüel donde abrevaban el ganado, el dueño de la estanzuela o alguno de sus muchachos, ambos tan diligentes como él para la atención personal del escaso predio, habríanse ido de un galope en busca del ternero remiso; pero no faltan dos dormilones que, hartos de teta, se quedan por ahí o por donde la madre acostumbra esconderlos cuando son chiquitos, con tal maña que si usted no es baqueano, lo equivoca, créamelo, aunque el sitio esté a campo raso. Pero entonces, con la sequía que asolaba aquellos parajes, reduciendo ya casi a charco el aguadero de mi referencia, y amenazando no dejar ni gallinas, según pintaba el estrago, era menester conservar los pocos caballos de reserva para casos de mucha urgencia solamente; por lo cual, y visto que la mortandad de la haciendita obligaba a no descuidar tampoco la marca de una cabeza, dispúsose que, no bien ladeara el sol, entrasen los dos mozos a campear de a pie según acostumbran en la sierra y suele resultar mejor cuando es muy tupido el monte. El patrón y yo, como quien pasea, procederíamos mientras tanto a buscar una apropiada altura

donde instalarnos para atisbar desde allí". Poco a poco, a medida que avanzan por el sendero serrano, comienza la plática. "Conversábamos, claro está, de las calamidades que nos perjudicaban, sin amilanarnos, eso sí, más que la desgracia nunca viene sola, sabido es, sentenciaba mi interlocutor; y de tal suerte, añadía, en conjunto con los antedichos males, la seca trae langostas, que no habría de tardar, aumentando también la rapacidad de toda alimaña: los leones, zorros que, para peor, suelen contraer la rabia, quizá de sed, y así contagian a la perrada casera; cóndores, que son de lo más dañino. Suerte que a éstos los ralearon bastante, como cinco años atrás, unos extranjeros que los pillaban con una trampa de resorte, porque parece que la pluma era entonces de mucho aprecio en ese París de Francia . . .". Contemplemos ahora este paisaje de campos quemados por la sequía, que aparece en el mismo relato: "Llegábamos, en efecto, o mejor, salíamos, a la cresta de un empinado farallón, verdadera terraza de asperón gris cortada a pico por el Norte y Poniente sobre un valle tranquilo que el sol de la tarde doraba con desolado esplendor ante la angustia de los campos sedientos. Subsistía apenas, muy acá o allá, tal cual manchón de jarilla amarillenta cuya resina exhalaba a ratos su olor adusto en un hálito de rescoldo; y entre los limpiones del pajonal raído a trechos, serpenteaba con árida lividez la tripa de arena de un manantial agotado". ¿Y los personajes? ¿Cómo era el rengo Faustino "tullido de ambas rodillas para abajo"?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dice Lugones, en ese típico tono conversacional que singulariza sus relatos: "Porque habrá de advertir que al ocurrirle aquella desgracia, atento su buen servicio, y consecuencia de peón envejecido en él, como así mismo para darle algo a ganar, dejáronlo de carrero, aunque otros tenían que atarle las cinco mulas y ponerlo en la sillera. Pero hacíanlo de buen grado, no sólo por compañerismo, sino por el afecto que les inspiraba su ánimo, su buen humor, siempre dispuesto a la broma y el comedimiento con que sabía agradecerles, ya remontando un aparejo, ya echándole un botón a esa manea o a aquel bozal, pues era bastante ducho en la lezna y regular trenzador hasta de a seis (sobreentendiendo ramales, señor pueblero). Así, nunca se le veía en la rueda de los peones, sin que, a la luz del fogón, y aun de la luna, cuando aquella reunión era en el patio, estuviese allá sobando una guasca o remendando un borrón entre dos refranes chanceros; y añadiré que, como del insulto le quedara también la lengua medio trabada, esto dábale mayor gracia con la malicia y embarullar, aparentando enredo, ciertas pullas entre que pimienta y ajo . . .". ¿Y el geólogo, el dilecto amigo del burrito servicial? Mirémoslo pasar: "Andaba en viaje de coleccionista particular, aprovechando las vacaciones de la Universidad donde enseñaba —Córdoba o Buenos Aires, lo mismo da— y había decidido emplear tres meses —¡mire que son descansados los doctores!— en estudiar las piedras de la serranía. Era un rubiote, así, de treinta para cuarenta,

bonachón, callado, como que, además, poco y ningún castellano hablaba, entendiéndose en francés con don Alejandro; gran fumador, siempre con su pipa de braserito; caminador, incansable, pues no andaba sino a pie, y sumamente desprendido". Escuetas notas bastan para perfilar la fisonomía física y moral de los personajes. Los vemos moverse, como criaturas vivas, sin rigidez, entre el aroma de las flores silvestres, por los campos cubiertos de pasto y las piedras peladas de la sierra, donde la luz inventa, jugueteando, su cambiante vegetación de súbitos cristales.

A estas páginas no hay que leerlas: hay que oírlas. Por las palabras circula un aire agreste y saludable; laten y respiran cálidamente. No son signos abstractos incorporados a las cosas por el diccionario; son cuerpos gráciles, dotados de hueso y músculo, de autónoma esbeltez natural. Y tienen patria: su patria puede ser una tapera o una tropa de carretas, o un descampado o un diálogo montañés. Todo aquello que los lexicones no registran, ese contenido intencional que responde a una determinada manera de sentir la vida, la forma interior de lenguaje (para usar la expresión de Humboldt), surge con relieves personalísimos en los cuentos campesinos de nuestro gran poeta.

EN los "*Romances del Río Seco*", la evocación de lo legendario, de las guerras civiles, de las viejas costumbres, se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

realiza, llanamente, en coplas de payador. Subrayemos, de paso, que ya en los "*Poemas Solariegos*" aparecen dos largos romances titulados "*El encuentro*", y "*El cantor*", cuyo estilo prefigura el de las composiciones posteriores, con su humor soslayado y su gracia maliciosa y familiar:

Era ese Serapio Suárez
mozo de buena opinión
larguchо y tirando a rubio,
guitarrero y chacotón.

Desde la esquina del ojo,
la pecosa picardía
le bajaba hasta la mosca
su barbijo de alegría.

Chaquetilla gris, media bota,
negro chambergo y bombacha;
si golilla azul le pongo,
ya está completa su facha.

La prosa de las narraciones, en sus giros, en su síntesis, obedece a idénticas normas. Citemos otro ejemplo: "Nunca vi ranchito más miserable que el del puestero colocado allá por la sucesión de don Belisario Torres, cuya hijuela mensurábamos; triste, sí señor, hasta resultarnos inexplicable que cupieran en semejante tugurio, el peón

antedicho, su mujer y dos hijos". ¿De dónde proviene el acento argentino que allí nos atrae? De la forma interior, del sesgo espiritual de las palabras, de la corriente que parece galvanizar esa imagen —*triste, sí señor*—, en la que un hombre exterioriza su sentimiento por la pobreza del prójimo, pero sin enfatizarlo, sin llamar mucho la atención sobre él, como si participase en el drama viviéndolo desde adentro, no al modo del fugaz transeúnte. La carga emocional de la afirmación la convierte en una confidencia recatada, que acompaña al dolor sin menoscabar su dignidad.

Nos hemos detenido en un aspecto de detalle para poner de manifiesto la sabia sencillez de los procedimientos estilísticos que ennoblecen la prosa criolla de Lugones. ¿Y qué decir del fondo moral que la trasciende? El poeta que supo cantar tan plenamente "*Los ínfimos*", —la hormiga atareada, el grillo violinista, la araña hilandera, el escarabajo "inmundo y redondo como el mundo"— descubre en los sumisos compañeros del hombre, en los seres irracionales, virtudes ocultas: nobleza, coraje, consecuencia; son las mismas virtudes que campean en el rigor de la vida rural. Frente al oportunismo escéptico y utilitario del Viejo Vizcacha, haragán y camandulero, se levanta la ética que Lugones rastreó en los parajes de Villa María del Río Seco; ética que exalta el heroísmo, la gratitud, la hidalguía, la bondad de corazón, con so-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

briedad y reciedumbre, sin turbulencias sentimentales. Muchas veces al pensar en el Viejo Vizcacha y en su doctrina, hemos imaginado una especie de Diógenes con bombacha, metido —no en un tonel— sino en una hirsuta guarida de la pampa. Pero este Diógenes no es el Sócrates loco de la leyenda, predicador y mendigo; es el sofista de la picardía ventajera, que en el hombre ve sólo al lobo del hombre. Su antítesis nos la ofrece el héroe, Martín Fierro, caballero y payador. Y también las figuras que pueblan los romances y relatos de Leopoldo Lugones, trasmutadas en mitos poéticos, en arquetipos que expresan el sentido moral de las gentes, que no han sido alejadas de la tierra por el bizantinismo que destruye la viva naturalidad. Detengamos, un poco, el ajetreo de nuestros pasos, distraídos en tantas urgencias; retornemos, a través del recuerdo —como el hombre que siente, de pronto, renacer su infancia— al mundo de la Egloga, a su ingenuidad, a su pureza. Es el mundo que en su última obra —obra literaria, no de literatura— ha recreado Leopoldo Lugones, con el equilibrio total de elementos que definen la esencia de lo clásico.

Osiris U. Chierico / TRISTEZA

PORQUE está señalando mi ventana
un día gris de llanto inacabable,
porque todo es igual, inconquistable,
perdido el sol y la canción lejana.

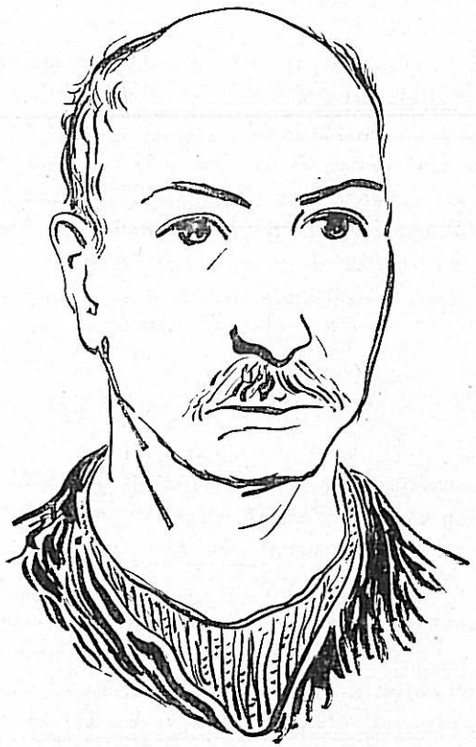
Porque no hay voz alguna que me hable,
porque nunca termina la mañana
y porque estoy detrás de esta ventana
de gris y lluvia y soledad culpable.

Música no, ni libro, ni tibieza,
sólo herida quietud en el regreso
hacia la noche en toda su aspereza.

Y por eso quizá, por todo eso
cuyo nombre preside la tristeza,
que está mi llanto aquí, conmigo preso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOPEZ CLARO



PINTURAS

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CESAR LOPEZ CLARO

ES hijo de nuestra Provincia: Azul le vió nacer el 6 de julio de 1912. Estudió en la Escuela Nacional de Artes de la Capital Federal y en la Escuela Superior de Bellas Artes, obteniendo el título de profesor en Dibujo. En 1942 hizo un viaje de estudio por las provincias de Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy; y en 1946, por la de Entre Ríos y la República del Uruguay. Hoy está radicado en Santa Fe, en cuya capital es profesor de Decoración en la Escuela Provincial de Bellas Artes, y de Pintura en la Escuela Municipal de Artes.

CESAR LOPEZ CLARO pertenece a una generación de hombres que en ámbitos de distintas latitudes del país, asisten a un diálogo ardiente con las cosas, los seres y la vida, tratando de desentrañar el drama de la tierra en que crecen.

Se siente vivamente tocado por la criatura humana, en su natural atmósfera, y así aparecen: pescadores, mendicantes, junqueros, isleños, etc., orillando las riberas del Paraná o de la laguna Setubal, de aguas empastadas con tierra de siena ("La costa", "Pescadores").

Ilustra el trabajo de la tierra, evitando caer en un simple comentario fabulesco o idílico. Se experimenta ante esta obra la sensación de un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trabajo grave, un trabajo serio, donde la gravedad armoniza con el ritmo de la vida del hombre y de la naturaleza.

Vicente P. CARIDE

EXPOSICIONES PERSONALES: Galería *Moody* (Buenos Aires, 1937). *Amigos del Arte* (Buenos Aires, 1938). Galería *Pini* (Buenos Aires, 1939). *Maná* (Azul, 1939, 1947). Galería *Müller* (Buenos Aires, 1941, 1946, 1948). Museo Municipal de Bellas Artes (Santa Fe, 1943, 1947). Galería *Fanimg* (Buenos Aires, 1945). Museo *Rosa Galisteo de Rodríguez* (Santa Fe, 1947, 1949). Centro Ciudad de Rafaela (1947). *Impulso* (Buenos Aires, 1947). Galería *Kraft* (Buenos Aires, 1947). Biblioteca Concepción del Uruguay (1948). Galería *Antú* (Buenos Aires, 1950).

EXPOSICIONES COLECTIVAS: *Signo* (Buenos Aires, 1933). Salón Nacional de Bellas Artes (Buenos Aires, desde 1932). Dibujos y grabados en Centro América (1936). Salones de La Plata, Tandil, Azul y Mar del Plata (Provincia de Buenos Aires), Santa Fe (desde 1942), Rosario (desde 1939). *Amigos del Libro* (Buenos Aires, 1949, 1950). Exposición de artistas argentinos en Chile, Paraguay, Perú, Colombia y México. Muestra argentina en Estados Unidos de Norte América (Pittsburg, Cleveland, Ohio, New York, 1939 a 1942).

ADQUISICIONES Y DISTINCIONES OFICIALES: Salón Nacional de Bellas Artes (Buenos Aires, 1934, 1945 y 1947). Salón Anual de Rosario (1939 –Primer premio de Dibujo, 1941 –Primer premio de Naturaleza muerta, 1947 –Primer premio de Grabado). Salón Anual de Santa Fe (1942, 1945 y 1950). Salón Anual de Azul (1938). *Maná* (Azul, 1946 –Primer premio, 1947 –Primer premio de Grabado). Salón del Trabajo (Santa Fe, 1947). Salón del Litoral (1947). Salón de Concordia (1947). Salón de Acuarelistas y Grabadores (Buenos Aires, 1947, 1948 –Primer premio). Motivos de la ciudad (Santa Fe, 1949 –Primer premio).

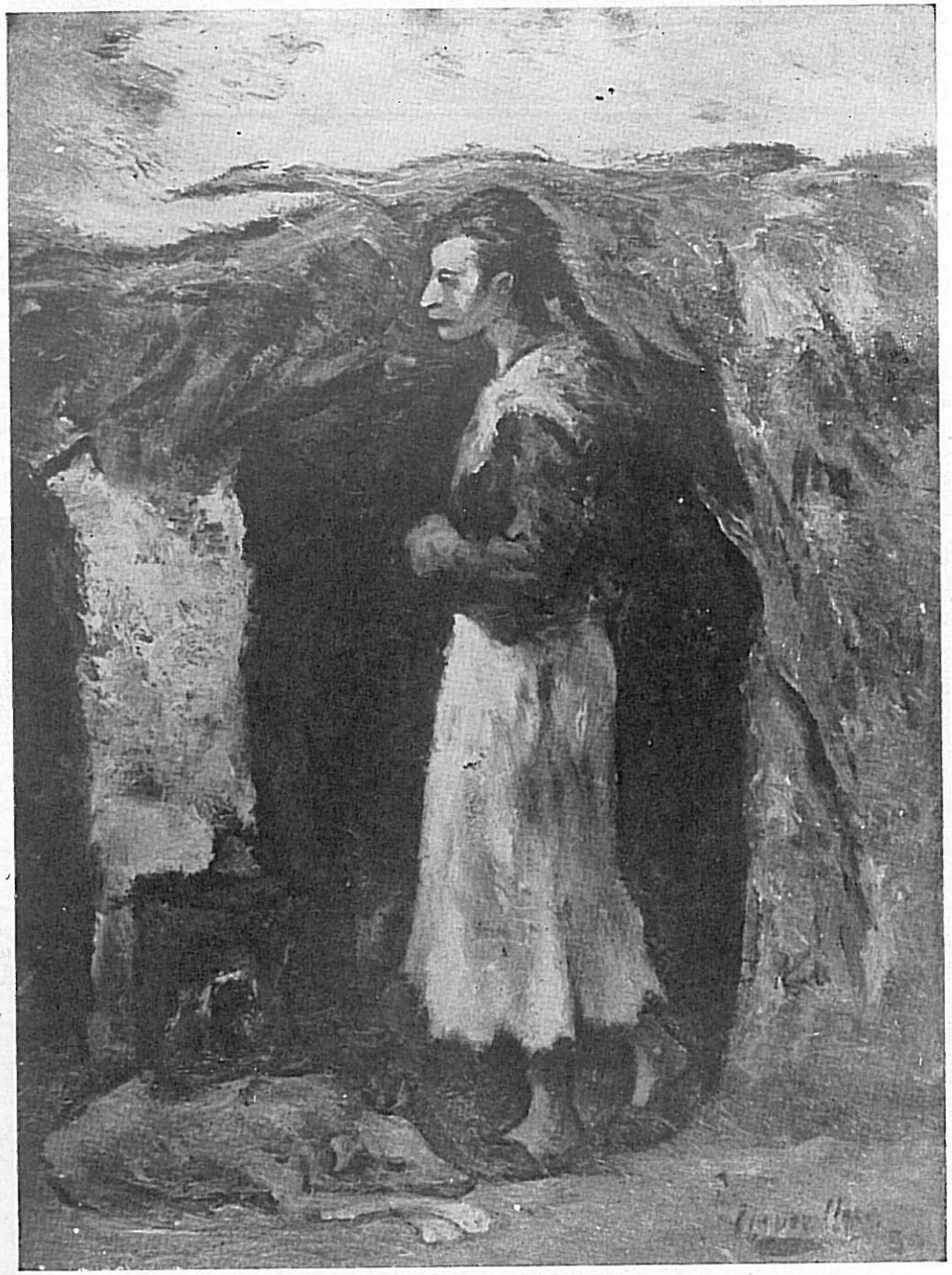
MUSEOS: Museo Provincial de Bellas Artes (La Plata). Museo *Rosa Galisteo de Rodríguez* (Santa Fe). Museos municipales de Bellas Artes de Santa Fe, Catamarca y Concordia. Museo de Bellas Artes de la Boca (Buenos Aires). Museo *Dr. Genaro Pérez* (Córdoba). Museo *Castagnino* (Rosario). Museo Nacional de México.

MURALES: En Buenos Aires (Cine Arte), La Plata y Santa Fe.

BIBLIOGRAFIA: *La joven pintura argentina* de Romualdo Brughetti (Buenos Aires, 1947). *Pinturas de César López Claro* de Vicente P. Caride (en *Ars*, Buenos Aires, 1947). *Obras de López Claro* (en *Espiga*, Rosario, 1948).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

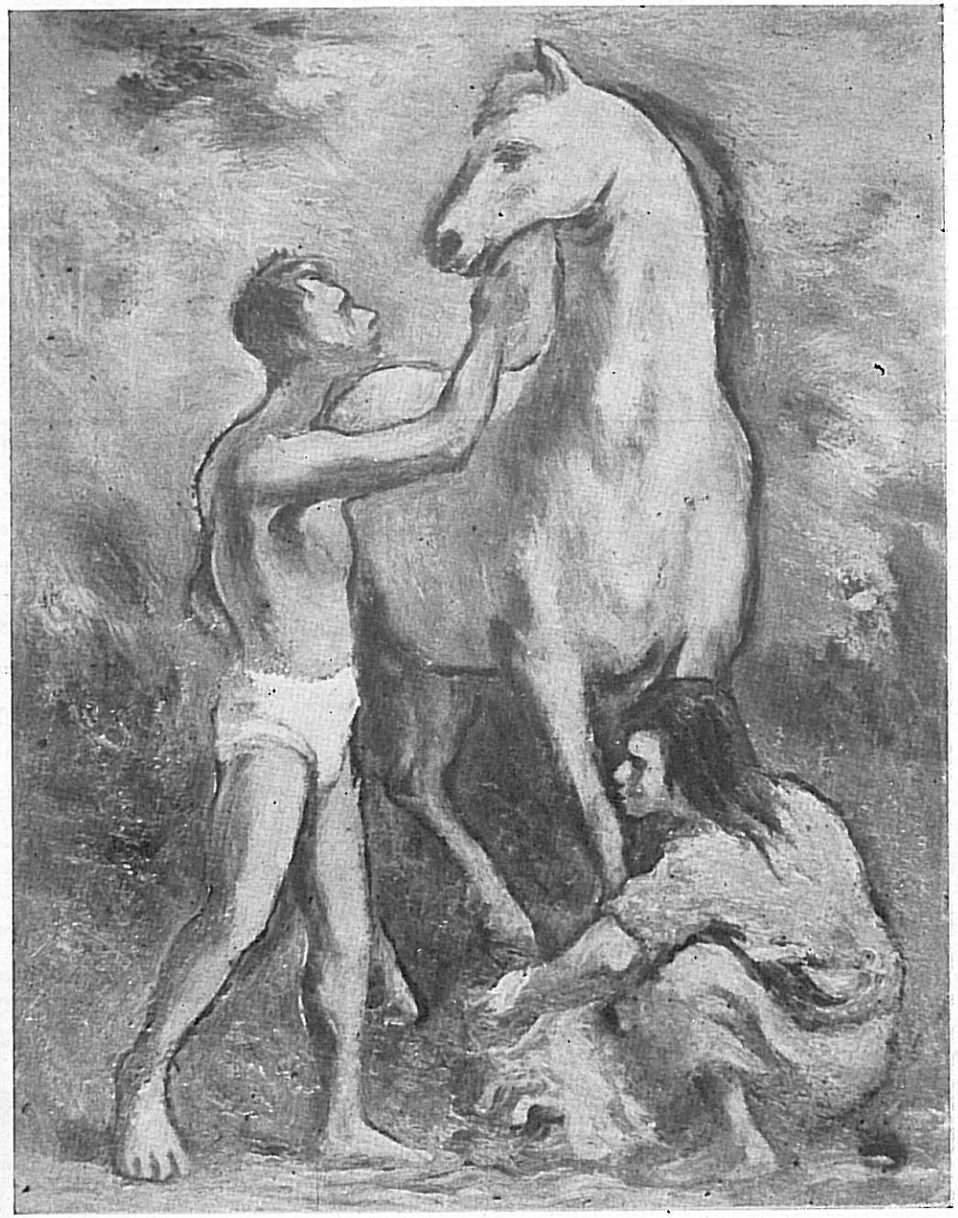
EL CHAL AMARILLO/*óleo*



MUJER DEL TRIANGULO/*óleo*

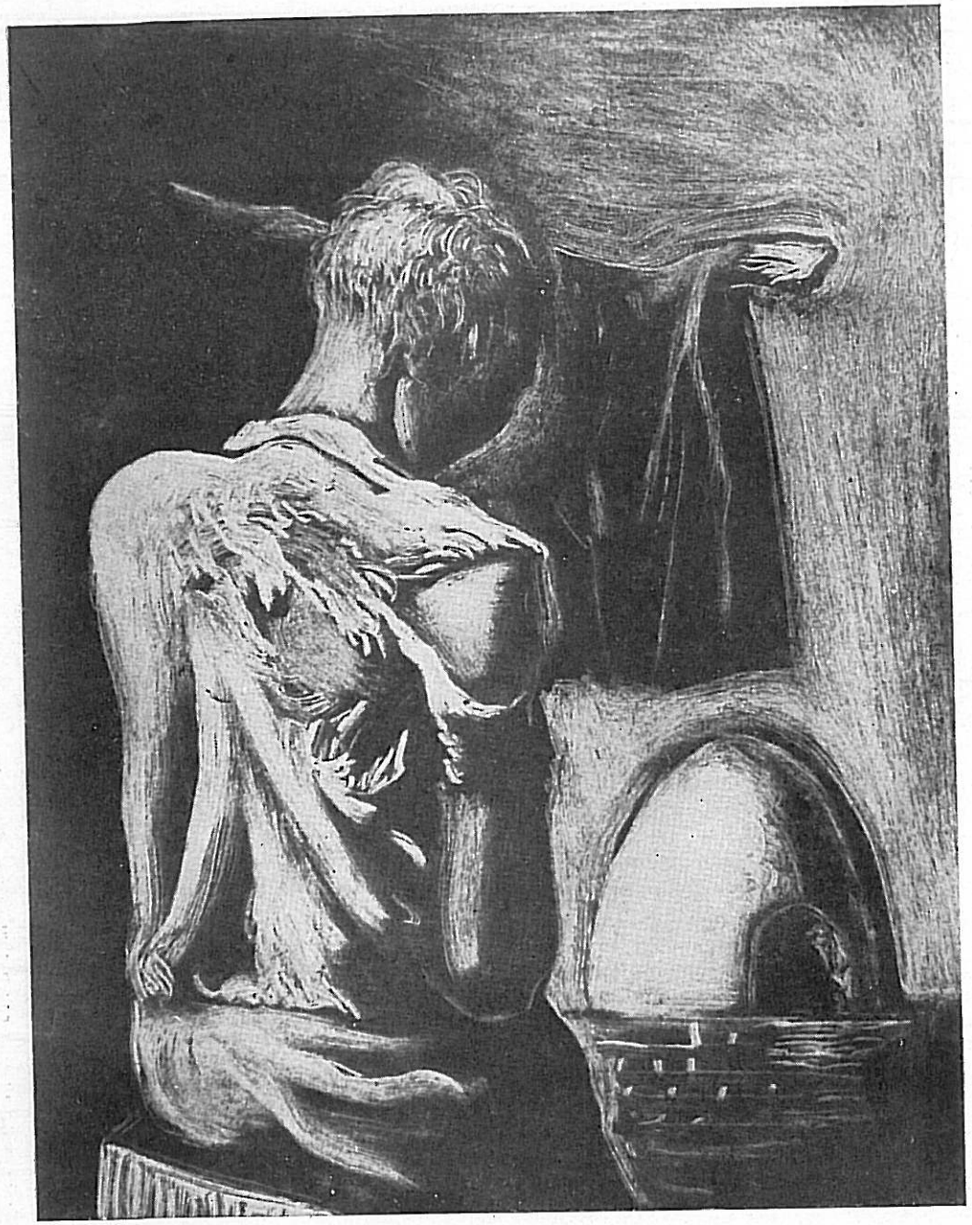
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INTERIOR/*óleo*

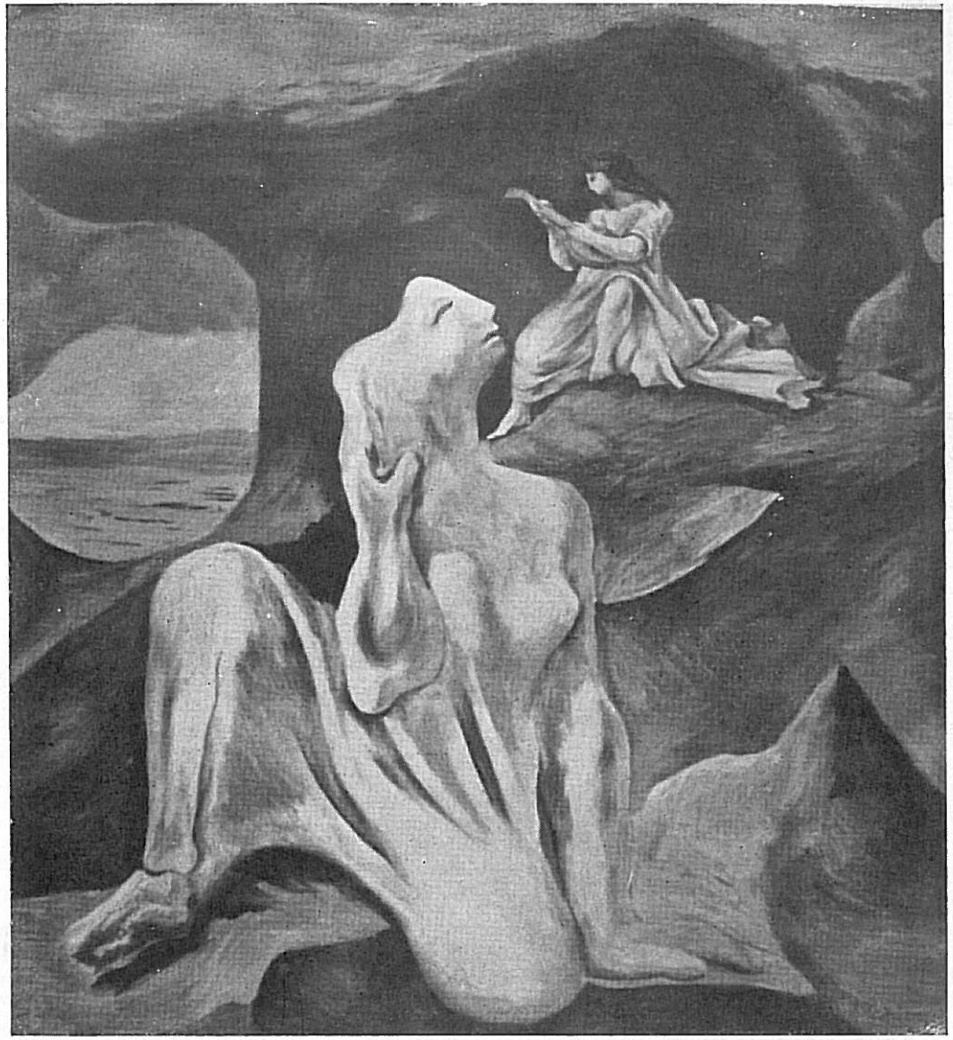


BAÑISTAS Y CABALLO/*óleo*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

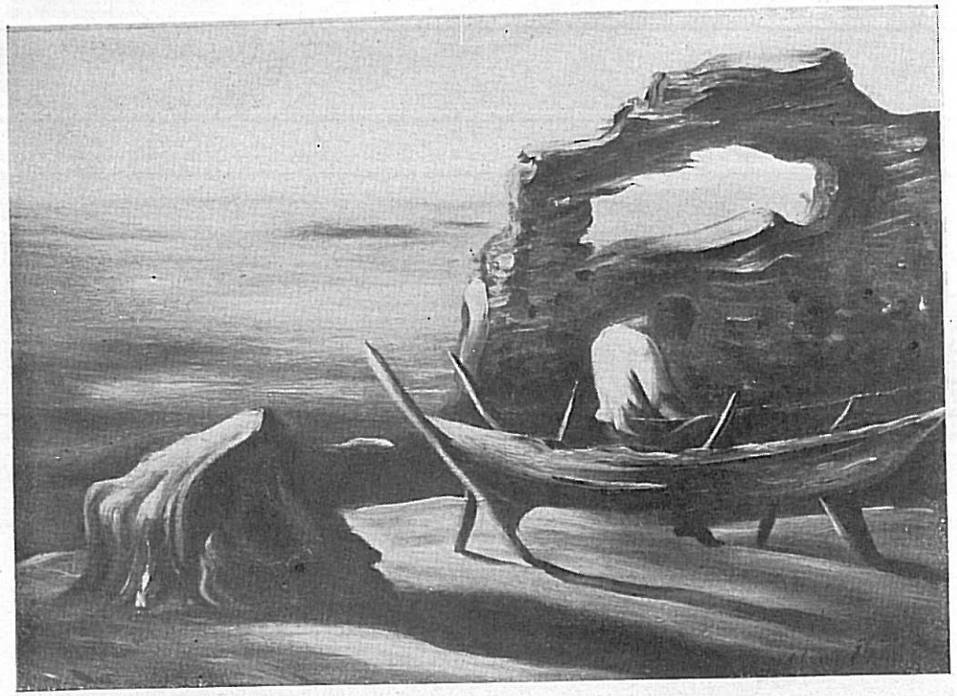


EL POBRE/*monocopia*



EL ESPIRITU DE LA TIERRA/*mural*
[Detalle, en "Cine Arte", Buenos Aires]

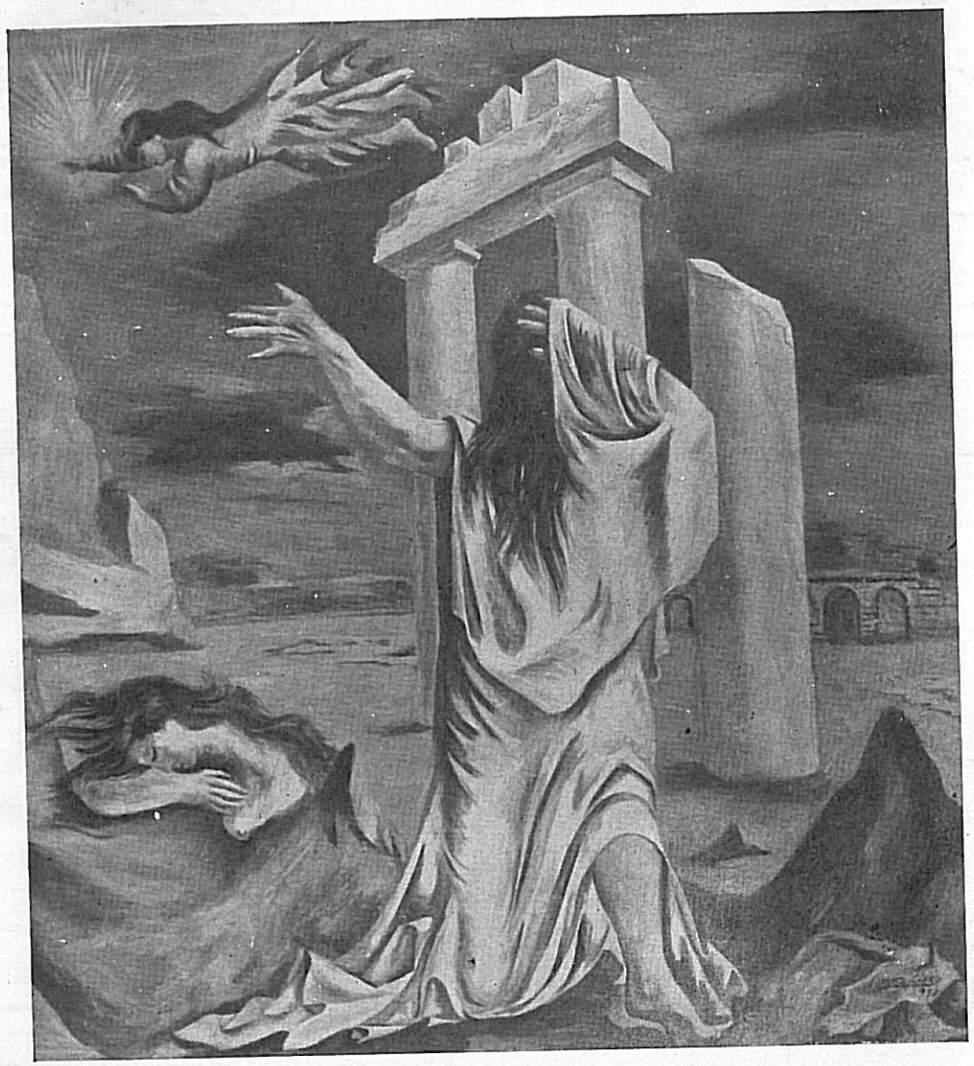
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



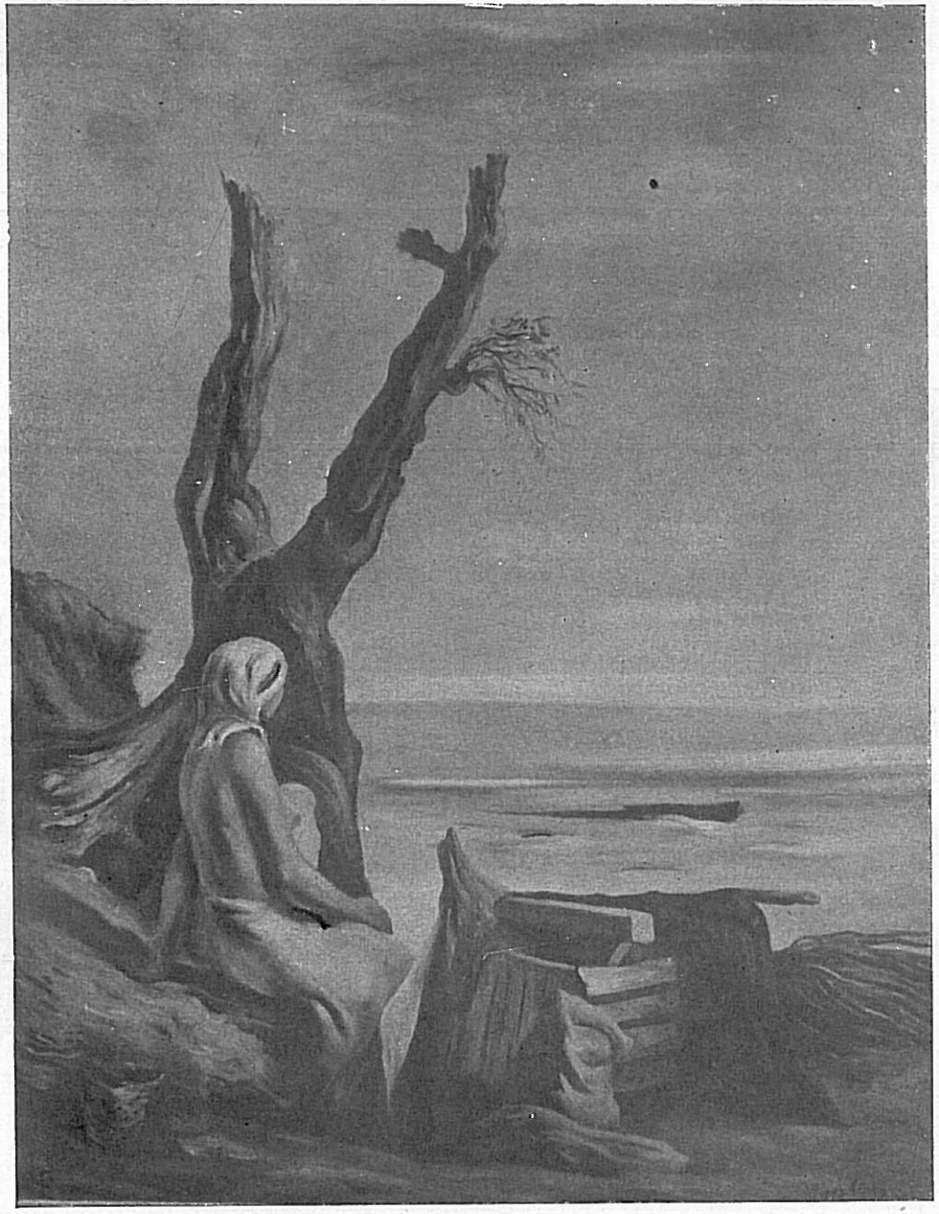
EL ARENAL/*óleo*

FIGURA EN EL PAISAJE/*óleo*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



EL DRAMA/*mural*
[Detalle, en "Cine Arte", Buenos Aires]



MAÑANA EN LA SETUBAL/*óleo*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

GUION DE LECTURAS

J. A. García Martínez: HAY OTRO CIELO EN EL SUR, de *MIGUEL ANGEL TORRES FERNANDEZ.*

Vicente Trípoli: COMPENDIO Y DESCRIPCION DE LAS INDIAS OCCIDENTALES, de *FRAY ANTONIO VAZQUEZ DE ESPINOSA.*

Alberto Ponce de León: LA RAMA CAIDA, de *MARTIN ALBERTO BONEO.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En GUION DE LECTURAS *serán consideradas todas aquellas obras cuyos autores o editores hagan llegar a esta revista.*

HAY OTRO CIELO EN EL SUR

— Novela — por *MIGUEL ANGEL TORRES FERNANDEZ* — Buenos Aires.

LA novela argentina se define por dos constantes. Una, geográfica. Humana, la otra. Pero, salvo en *Don Segundo* y algún otro antecedente egregio, falta casi siempre el consabido equilibrio. A veves, predomina la tierra en detrimento del hombre. Y a la inversa. En la mayoría de los casos, la estabilidad se pierde. Al esplendor del paisaje, acompaña la borrosidad de las figuras. A la lograda tipología, el insensato escamoteo de la Naturaleza. Esta situación es ley casi general en la novela nuestra: parece que hombre y geografía no pudiesen coexistir.

Torres Fernández se perfila como un novelista de raza, es consecuente a ese equilibrio y trata de escapar a los patrones corrientes. Los elementos esenciales —e indispensables— de *Hay otro Cielo en el Sur* son la tierra y el hombre. Su presencia se acentúa en la vida del protagonista que no vive aislado: su existencia late y palpita en función del medio. En toda la novela, el paisaje es al hombre lo que la tierra al destino. Las cosas tienen una dinámica propia y el sentido del movimiento se da en forma cinematográfica. El tiempo es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

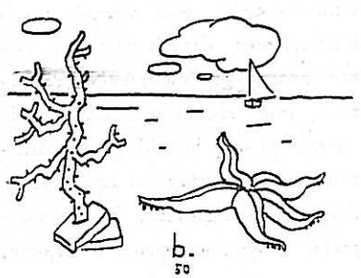
una expresión más de esa dinámica. Acompaña al movimiento, fundiéndose con él. De manera que ambos se identifican al futuro del protagonista. El fatalismo, que define a determinados tipos criollos, priva en la obra. Vidas individuales, cerradas, impermeables a toda sugerencia, pueblan el libro. Los tres medios que describe el autor —el puntano, el porteño y el de Bahía Blanca— son un ejemplo. A veces, se quisiera encontrar en los personajes más vitalidad. Más voluntad. Más capacidad creadora. Verlos menos juguete del medio y de las circunstancias. A fin de cuentas, el drama de nuestro país fué siempre esa lucha con la geografía. Esa posesión lenta y efectiva del medio. Esa es la historia de Buenos Aires y la de Bahía Blanca. Y en la actualidad, la tarea del Norte Argentino. Pero, la actitud del autor se justifica plenamente. Dentro de la novela, debe ceñirse a su temática y así lo hace.

Resalta la figura de Santiago Alejandro porque no es precisamente un muñeco de la fatalidad. A pesar de la falta de acción —me refiero a la inexistencia de situaciones dadas— se nota una tendencia a salvar los obstáculos que hace del protagonista no un monstruito decorativo sino un definido tipo humano. Cierta estética contemporánea se especializa en "*héroes*" característicos: de acción, descentrados, angustiados, producto de un destino ya prefigurado, etc. Torres Fernández, por el contrario, hace abstracción del personaje tipo: neutraliza la anécdota —el hecho puro— con la descripción y el comentario. Al estatismo provinciano sucede el dinamismo porteño. Y a éste, el ambiente denso, cargado de vitalidad y posibilidades, de la vida sureña. Hay una potencia de formas que toma consistencia con el comentario que a ratos acompaña al relato.

El lenguaje y el estilo se adecúan también a ese ritmo. Las descripciones se diferencian por específicas razones de fondo y de forma. El paisaje de San Luis y la vida pueblerina se delinean con caracteres y recursos propios. Otro tanto ocu-

rre con Buenos Aires y Bahía Blanca. Casi podrían constituir narraciones por separado ya que recogen una expresión más de esa dinámica. Acompaña al movimiento, fundiéndose con él. De manera que matices diversos y notables diferencias. El lenguaje puro, a veces rebuscado, de las descripciones contrasta con el colorido localista del vocabulario. No es lo mismo el habla de Liberata que el de la Salomé. Ni el lenguaje de Santiago Alejandro que el de El Rubio.

Estas características hacen de *Hay otro Cielo en el Sur* una novela naturalista sin los defectos del naturalismo. Torres Fernández utiliza sus recursos técnicos —lenguaje localista e individual, potencia descriptiva en la narración, deta-



llismo, notas pintorescas— sin entrar en lo escabroso y, menos, en la truculencia. Por momentos, se nota una lucha sorda para no caer en determinadas escenas que se prestarían. Pero, siempre, el buen sentido y el novelista nato que hay en Torres Fernández salen airosos de la prueba.

El relato se halla encuadrado por la sensualidad de la aprehensión y su dramatismo interior. Los elementos sensitivos predominan ligeramente sobre los valores intelectuales. Si el comentario sirve para realzar las descripciones, lo sustantivo es el aporte de la sensibilidad. Una maraña visual, cinematográfica, mueve las formas. Haces de luz, juegos de sombras. Privan el negro y el blanco. Claroscuro. La presencia casi constante de estos dos tonos da a la sensibilidad de Torres Fernández un sentido casi cercano al de la inteligencia y nutre el dramatismo interior del relato. Preñados de historia, de tierra, de clima, de raza, los personajes de *Hay otro Cielo en el Sur* son muy nuestros y, por ello, esta novela es auténti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

camente nacional. Su geografía abarca casi todo el país. Desde San Luis hasta Bahía Blanca, pasando por Buenos Aires, hay kilómetros y kilómetros de tierra argentina que dejan su impronta en los personajes. Que delimitan su vida. Que orientan su acción. Es el aire de serranía que prefigura el Ande. El aire del Plata en la metrópoli. Y es la ventisca helada de la Pampa y del Atlántico en el Sur. La presencia de la geografía es al espacio lo que la historia al tiempo. Lo nacional se da en las dos dimensiones físicas. Si una penetra por la piel, la otra lo hace por el espíritu.

J. A. GARCIA MARTINEZ

COMPENDIO Y DESCRIPCION DE LAS INDIAS OCCIDENTALES

— por *FRAY ANTONIO VÁZQUEZ DE ESPINOSA* — Wáshington.

ESTE libro, publicado en el original, con la dirección de Charles Upson Clark, de la "*Smithsonian Miscellanneous Collections*" de Wáshington, informa del paisaje, los seres y las cosas de Las Indias entre los años 1611 y 1621. Fué escrito en 1628, y de él se tenían referencias desde León Pinelo, un bibliómano que conocía a Gómara. Se sabía sólo de fragmentos del original, y Upson Clark, que lo halló en 1919, solamente once años después pudo identificarlo definitivamente como propio de Vázquez de Espinosa, pues el original carecía de firma. Desde Wáshington editaron la edición inglesa en 1942 y después la española. El investigador dirigió sus pasos a España, pero fué en Roma, en la Biblioteca del Vaticano, donde halló el documento inédito, con la descripción de Las Indias, escrita por Vázquez de Espinosa. El autor fué un carmelita descalzo nacido en Jerez de la Frontera en fecha indeterminada de fines del siglo XVI y muerto en España en 1630. Escribió varias obras aparte el "*Compendio*", entre las que se anotan confesionarios y viajes por el nuevo mundo. De la lectura de este extraño documento de la conquista española, resulta que el autor fué un viajero extraordinario. La descripción abarca desde México a la Patagonia. Son ochocientas páginas densas, descriptivas, enumerativas, con nombres la mayor parte de ellos exóticos para la nomenclatura actual. Pero es, tal como lo afirma Upson Clark, un monumento irreemplazable, aunque no tenga comparación con Cervantes ni Shakespeare, como pretende el prologuista. Las 800 páginas, comprendido el índice, se dividen en dos partes con numerosos capítulos, cada una de las cuales la componen seis libros. En el largo compendio se dice y comenta de todo lo visto y oído. Desde las autoridades eclesiásticas y civiles a lo largo del continente, sus accidentes geográficos, los productos, las lenguas de sus pobladores; relata las conquistas y sus conquistadores. Comienza desde el génesis. Una vez contado el diluvio, tras los orígenes, cuenta el advenimiento de las razas en Las Indias y, encontrado los parecidos y semejanzas, se explaya sobre la diversidad de las lenguas y da noticias sobre el quichua, el aimara y otras del Perú, de Chile y del Río de la Plata. Esto en cuanto a la región que nos concierne de más cerca, que en lo demás describe en la misma forma vida y milagros del Nuevo Mundo, desde México. Su idioma es parejo al nuestro, lo que refirma la impresión de que el castellano en América es más andaluz de lo que algunos quieren aceptar. Vázquez de Espinosa afirma que desde mucho antes de su época, el idioma

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

español había sufrido profundas transformaciones.

Sobre la confusión de lenguas en Las Indias, el carmelita errante informa con profusión. Determina la quichua, la chilena, la guaraní a lo largo del Río de la Plata, hasta el Brasil. La aimara dice que se hablaba en más de 400 leguas y era la más importante lengua después de la peruana o incaica. Menciona por el norte el idioma Muxca, y por Antioquía el Nutape, que llama con la voz *Ai* al español, sinónimo de diablo, lo que es muy significativo. Enumera con prolijidad las lenguas nativas mexicanas, de "*tierra firme*", de Guatemala y de sus dependencias.

Este libro, extraordinario por muchas razones, nos presenta una América con ribetes incógnitos, que con anterioridad a Vázquez de Espinosa no habían visto la luz, y que en nuestro comentario no entran, pero que todo estudioso deberá tener en cuenta al hacer la descripción de Las Indias de principios del siglo XVII.

Vicente TRIPOLI

L A R A M A C A I D A

— Poemas — por *MARTIN ALBERTO BONEO*. — El Ateneo, Buenos Aires.

L a r a m a c a í d a no es sino la derribada extensión del pasado, su persistencia ideal en el presente del melancólico recuerdo:

Cerca del río sueña el árbol,
[triste,
el tiempo en que los pájaros del
[mundo
volaban desde el ámbito profundo
a la rama feliz que ya no existe.

Una postura ceñidamente elegíaca, que sólo puede justificarse desde el punto de vista de lo puramente lírico, por su exclusión de toda otra militancia en la actualidad humana y en la eternidad divina. El autor parece proclamar conscientemente esa retracción, cuando dice:

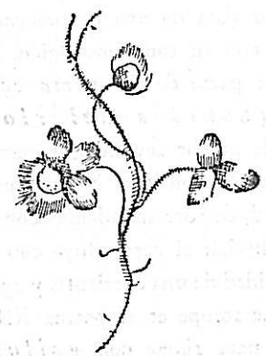
Es la violencia de sabernos vivos
entre tantas palabras olvidadas;

de ser quienes buscamos las raíces
mientras otros, con luces y ban-
[deras,
indican el lugar donde naufragan.

Se trata de una divinización de la memoria, la suposición de que la poesía consiste en evocar el ayer niño y natural; tema éste clásico dentro de la lírica y que el presente de nuestra joven poesía busca agotar en sus posibilidades creadoras, según puede deducirse de un estudio inmediato de la promoción poética a que pertenece Martín Alberto Boneo. Este mismo se define como condenado a tal posición contemplativa, memorística, que lo desatiende de un presente activo, de la ascensión hacia otras esencias y absolutos poéticos:

Hoy contemplo los sitios habi-
[tados
por la fatiga impura del deseo;
toco el verdor estéril de la tierra,
y comprendo que sólo la memoria
golpe a golpe nos llena de preguntas.

Los poetas de la edad del autor de *L a r a m a c a í d a* no han asimilado todavía su infancia, por ese retardo propio de la contemplación. Hay un retardo, en efecto, que demora las vivencias de la vida creadora, en toda la generación de elegíacos actuales. Pero esa demora es sincera, y posee su frescura, su naturalidad ingenua y transparente. La búsqueda de temas nuevos, más trascendentes y de mayor vuelo y resonancia, llegará con el tiempo, cuando se abandone el actual período de transición, esa primera madurez que se vuelve, aún, hacia el pasado, y tiene a la Elegía como su musa única y favorable. Tal aptitud, si bien no puede agotar de por sí todas las perspectivas



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

creadoras de una vida poética, sustenta la inmanencia de un verdadero *panteismo* imaginativo, frente a la animación de la naturaleza dotada de sentido por acción de una memoria sentimental y plañidera:

La eternidad del aire se hace mía
entre los verdes tréboles y el
[tiempo
y parece que el mundo sólo fuera
la voz del agua temblorosa y pura.

Como se observa en esta cuarteta, Boneo prescinde en gran parte de sus estrofas de toda rima, conservando un endecasílabo fluído y a la vez plástico, lo que, si bien quita densidad formal a esos poemas, los dota de una evanescencia acorde con su tono nostálgico. La segunda parte de *La rama caída, (Sonetos del río)*, es la de mayor severidad externa, con una consonancia lograda con facilidad, en correspondencia con el tema fluvial: el verso fluye con la naturalidad de una corriente, y apenas si se rompe en el poema XIII, donde, para rimar con *gallos*, el autor, un poco forzadamente, habla de *"los grillos, sus líricos vasallos"*, acercándose por una vez al ripio de la versificación por la versificación.

Tras la caída de las primeras ramas, crecerá así, hacia atmósferas y climas más trascendentes, este árbol de hermosa y viviente raíz que, desde *Los jardines celestes* y *El Laberinto*, se ha ido destacando sensiblemente en el confuso bosque de nuestra poesía nueva. Quizá la mejor definición de este libro, que clausura su edad juvenil y una etapa de su existencia creadora, se de en los primeros versos de su poema final:

Rama caída, eres lo entrañable,
la juventud del polvo que te cubre.

Alberto PONCE DE LEON

HECHOS DE LA CULTURA

1
DISCURSOS

Del Subsecretario de Cultura, doctor José Cafasso, en la inauguración de la Escuela de Bibliotecología, y en la clausura del Primer Congreso de Bibliotecas Populares Bonaerenses.

2
EXPOSICIONES

De obras del patrimonio de la Dirección de Bellas Artes, y de la Asociación de Dibujantes de la Argentina.

3
CONFERENCIAS

De Bruno Jacovella, Juan Alfonso Carrizo, Ramón Columba, Raúl Alonso, y Alejandro Sirio.

4
CONCIERTOS

De Julio Perceval, y Antonio de Raco.

5
OTRO HECHO

Funcionamiento del Departamento de Cultura Social.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1

NUESTRA cultura debe y tiene que tender a lo nacional; aún más, demanda la actitud de desentendimiento de todo aquello que es ajeno a lo nuestro, a lo entrañable. Hay urgencia por zafarnos de todo abalorio o actitud que implique sumisión a cánones mentales extraños a nuestra modalidad y sentimiento, para ir al encuentro de nuestra vocación y de nuestro destino histórico. Una de las consignas que va implícita en esta lucha tenaz por lo propio, lo auténtico, lo autóctono en este afán por la recuperación de la Nación, es la formación de una conciencia anti-imperialista y de una conciencia cultural inscripta sobre la línea de la justicia social en que transita nuestra revolución humanista.

Tomada esta afirmación de lo argentino como tesis, débese procurar que la gradación axiológica en el escalonamiento de las lecturas por parte del pueblo, se corone en la adquisición de una cultura integral, tipificada en la consagración y culto de lo peculiar, lo nuestro. Esa tipificación supone asimismo un deslinde de fronteras en lo intelectual, una reducción del universalismo, sin que ello excluya la confrontación necesaria con el saber universal. Es más, una estimativa de lo universal con lo nacional capaz de consumar como saldo la afirmación positiva de lo argentino, en plenitud de sentido y existencia.

ESTOS CONCEPTOS FUERON enunciados por el Subsecretario de Cultura, doctor José Cafasso, los primeros en el acto inaugural de los cursos de la Escuela de Bibliotecología *dependiente del Ministerio de Educación; y los segundos en oportunidad de la clausura del* 1er. Congreso de Bibliotecas Populares *de nuestra Provincia.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Son innumerables los libros y los autores que directa o indirectamente aluden y desentrañan estos temas, zahondando en lo característico de nuestra fisonomía moral y espiritual y donde el alma argentina fluye en manantial alrededor de temas históricos o leyendas sobre nuestro pasado. Entiendo que cada biblioteca popular, además de las obras de contenido universal, vario o especializado, debiera formar una sección diferencial con autores cuya producción sirva a los fines de la consolidación de la personalidad nacional.

ES que el libro recoge todo el caudal de experiencia de la humanidad, la vida de la naturaleza, el balance de los tiempos. Cuando no subyuga por la belleza que circula en sus páginas, atrae por la verdad y la sabiduría que encierra, traduciendo el sentido del constante devenir de la historia. Ellos constituyen la morada natural y segura de la doctrina que es prudente aplicar, del poema que no debe olvidarse o de la fórmula exacta, ejerciendo siempre su influencia en los ideales, los sentimientos y las pasiones de cada época.

¿Acaso no se ha dicho con justicia que la Ilíada modeló a Alejandro, los comentarios de Julio César a Napoleón, que el libro de Marco Polo estimuló la empresa de Colón y que las obras del siglo XVIII prepararon el espíritu de los hombres a cuyo cargo estuvo la emancipación americana? En verdad si borramos de la historia la presencia del libro, arrojaríamos en la penumbra vida y afanes de sabios y artistas, pensadores y poetas, gobernantes y apóstoles.

Pero este tema de la difusión del libro por la importancia y la amplitud que abarca debe ser examinada con rigurosa prudencia.

Porque es evidente que esa angustia de conocimientos, ampliados por la multiplicidad de las ciencias en la más compleja trama de sus especializaciones, y aumentada por el desarrollo incesante de una técnica cada vez más deshumanizada, supera y rebasa la capacidad intelectiva de que el hombre dispone, y contrariando su realidad vital oprime y acongoja su espíritu, produciendo una especie de desencuentro entre la naturaleza y la cultura, un equilibrio poco logrado entre la vida y la cultura.

Cada época, cada ciclo histórico, encierra una obscura problemática que es difícil resolver. Y este problema, de la multiplicidad de conocimientos y de la inseguridad de la vida, que preocupa la meditación de sociólogos y filósofos, hace pensar que es posible que el tremendo conflicto de las ideas que hoy existe en el mundo, que ese desasosiego que se advierte, tenga sus raíces, precisamente, en esa falta de equilibrio entre la vida y la cultura. Sin embargo, podríamos

afirmar, sin temor a equívocos, que nosotros, es decir, nuestra generación, representamos la generación que busca —en lo técnico de la comprensión conceptual como en lo práctico de la realización vital— la autenticidad de la propia existencia latino-americana. Una determinada figura humana modela esta época y este radical sesgo ha de ser inscripto en la historia como su característica esencial.

Ha sido Ortega y Gasset quien ha puesto el dedo en la llaga del problema con su habitual lucidez: *"En vez de estudiar para vivir el hombre tiene que vivir para estudiar"*; y agrega: *"Hay que poner más vida en la cultura y más cultura en la vida"*, buscando en esta fórmula simplificar la vida para provocar esa armonía fundamental a la que aspiran todos los pueblos del mundo.

2

DURANTE el mes de junio funcionó en el Colegio Nacional de Trenque Lauquen, una muestra de obras de pintura, grabado y dibujo, del patrimonio de la Dirección de Bellas Artes del Ministerio de Educación.

La exposición, que había sido organizada por el Instituto Cultural de aquella localidad, comprendió las siguientes obras: de *pintura*, "Figura" de Ernesto Riccio, "Paisaje" de Luis Borraro, "Paisaje de Córdoba" de Onofrio A. Pacenza, "Figura de Niño" de Marina Bengoechea, "Otoño" de Italo Botti, "Casa del Pintor en el Puerto" de Ernesto Farina, "Lluvia en Salta" de Gerardo Guastavino, "Retrato de niña" de Hugo Garbarini, "Atardecer en la sierra" de Remo Marini, "Bosque" de Adolfo Travascio, "Marina" de Koeck-Koeck, "Del pueblo bonaerense" de José M. Lozano Mouján, "Naturaleza muerta" de Florencio M. Sturla, "Grises del Riachuelo" de Oscar A. Vaz, "Crisantemos" de Carlos Granada, "Paisaje de Unquillo" de Juan C. Miraglia, "Tarde de invierno" de Raúl Bongiorno, "El kiosko" de Juan S. Corbacho, "Molino abandonado" de Juan C. Roncoroni, "Cantera de San Luis" de Ernesto A. Valor y "Figura de niño" de Ricardo Marré; de *grabado y dibujo*: "Catedral de La Plata" (aguafuerte) de Carmen

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Souza Brazuna, "Arrepentimiento" (dibujo cera) de Antonio Gargiulo, "Figura" (aguafuerte) de Benedicto Massino, "Composición" (aguafuerte) de Oscar Meyer, "Mi padre" (carbón) de José Martorell, "Pulpería del caballito" (aguafuerte) de Julián C. González, "Restos gloriosos" (aguafuerte) de Miguel J. Bordino, "Inundación en la Boca" (aguafuerte) de Jorge Luis Raggi y "Madonnina" (lápiz) de Cornelio Wahl.

ENTRE el 24 de mayo y el 23 de junio estuvo abierta, en el Museo de Bellas Artes (Pasaje Rocha, La Plata), la muestra organizada por la Asociación de Dibujantes de la Argentina. En ella se vieron trabajos firmados por: Raúl Alonso, Pedro N. R. Aramburu, Roberto Bacaicoa, Justo P. Balza, Gino Bensa, Roberto Bernabó, Angel Borisoff, Andrés Calabrese, Enrique Castro, Ramón Alberto Ciarlo, Rodolfo Claro, Juan C. Colombres (Landrú), Ramón Columba, Domingo Collazo, David Cooper, Juan Angel Cotta, Hugo D'Adderio, Iris De León, Rodrigo Frank, Dionisio P. Galcerán, Manuel Gallegos, Carlos M. Galli, Carlos Garaycochea, Miguel Gordon, Carlos H. Gorriarena, Alcides Gubellini, Onofre Guratti, Juan Carlos Huergo, Abel Ianiro, Juan Landi, Estela Lier, Germán Loperena Vernet, Saverio Lotito, Raúl Manteola, "Marius", A. Martín, Carlos A. Massimo, Bartolomé Mirabelli, Florencio Molinas Campos, José Montero Lacasa, Julio Orione, Jorge Palacio, Rodolfo Peña, Pablo A. Pereyra, Jorge Pérez Castillo, León Poch, Alfredo Pranzetti, Enrique Rapela, José Rovira Vals y Alejandro Sirio.

3

ESTA desarrollándose el ciclo de conferencias sobre folklore argentino a cargo de escritores especializados en la materia, de nuestra Provincia y de la Capital Federal. Dictó la primera, el 22 de junio, el Director del Instituto de la Tradición bonaerense, profesor Bruno Jacovella, pronunciando el discurso de

inauguración el Subsecretario de Cultura del Ministerio, doctor José Cafasso.

Jacovella se refirió a los *Problemas del folklore, el humanismo y el nacionalismo cultural*. Dijo que dentro de la historia general de la cultura, el folklore realiza la función de iluminar la infraestructura cultural de las sociedades civilizadas, tanto en lo que respecta al patrimonio mismo de bienes y hábitos como al medio social en que se encuentra, y al proceso —tradición— mediante el cual se difunde, conserva y altera. A los tres aspectos, pues, de la realidad folklórica corresponden tres direcciones de la investigación: la tipológica y comparativa, la sociológico-cultural y la histórico-cultural, que son tres ramas de una misma tarea. El conferenciante se extendió en la primera parte de su exposición acerca de los problemas de fondo que se presentaban en estos aspectos y precisó el estado en que se encuentra hoy el folklore como disciplina científica y al que se puede llegar aprovechando métodos y resultados de otras ciencias, en especial la Lingüística y la Sociología.

En la segunda parte, comenzó explicando el proceso de civilización, cuyo centro dinámico es la ciudad, en la cual empieza la sociedad a diferenciarse culturalmente, no sólo por la misma actividad general urbana, sino también por la especialización en artes y ciencias de un gran número de individuos, con lo que al cabo se crea un estrato dirigente, sobrepuesto a un estrato dirigido, representado por la comunidad indiferenciada antigua. Mostró luego cómo la gran ciudad moderna determina la formación de una capa culturalmente yerma entre ciudad y campo —el vulgo o plebe— y cómo el proceso de vulgarización, o destrucción de la cultura comunitaria o folklórica, se extiende también al campo, como etapa previa del proceso de nacionalización o refundición de las regiones.

Terminó definiendo la civilización como una sucesión de dos etapas: la primera, desintegradora de regiones; la segunda, reintegradora, en una nueva formación unitaria llamada cultura nacional, y luego dedicando una referencia sustancial al fenómeno del humanismo, como una avidez de la civilización de fundirse en una comunidad cultural ecuménica, para lo cual ya tienen formulada su respuesta tanto el comunismo y el tipo de civilización norteamericano, como la Iglesia Católica.

El segundo disertante fué don Juan Alfonso Carrizo, director del Instituto Nacional de la Tradición. Habló el 30 de junio, con los expresivas modalidades que lo caracterizan, en torno a *La poesía folklórica bonaerense y sus relaciones con las del resto del país.*

LA muestra instalada por la Asociación de Dibujantes de la Argentina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en las salas del Museo de Bellas Artes, en el Pasaje Dardo Rocha de La Plata, dió lugar a que se desarrollara una corta serie de disertaciones. Fué la primera la del caricaturista Ramón Columba, dicha el 14 de junio, sobre el tema: *El Congreso que yo he visto.* Columba ilustró su exposición con rápidos apuntes que hicieron más eficaz el humorismo de sus palabras.

El 16 de junio se escuchaba a Raúl Alonso, quien se refirió a *Los dibujantes y sus tipos de mujeres.* Y el 23 del mismo mes tuvo lugar la clausura del ciclo —junto con la de la muestra—, hablando entonces el presidente de la Asociación de Dibujantes de la Argentina, señor Alejandro Sirio, acerca de *El dibujante en el periodismo.* En esta oportunidad, el Director del Museo de Bellas Artes, señor Numa Ayrinhac, hizo uso de la palabra para subrayar los propósitos de elevación y afianzamiento de la cultura popular que persigue el Ministerio de Educación al prestar su apoyo a manifestaciones de esa naturaleza.

4

UN ciclo de cuatro conciertos es el aporte de excepcional jerarquía del Ministerio de Educación a las manifestaciones artísticas con que se recordó la genial personalidad de Juan Sebastián Bach el cumplirse los dos siglos de su muerte. El primero de ellos alcanzó pleno logro merced al virtuosismo interpretativo del maestro Julio Perceval, Director del Instituto Superior de Arte e Investigaciones Musicales de la Universidad Nacional de Cuyo. El prestigioso organista actuó en la Iglesia San Ponciano, de La Plata, el 23 de junio, con un programa que incluía las siguientes obras de Bach: *Fantasía y Fuga en re mayor, Dos Preludios corales (Hombre, llora tus pecados y Todos creemos en un solo Dios), Pastoral, Concierto en do mayor* (Vivaldi-Bach), *Preludio-Coral "Cuando llega la hora del peligro"* (dictado por Bach, en su lecho de muerte, a su yerno Altnikol), y *Toccata y fuga en re menor.*

Posteriormente, y en fechas a determinarse, se llevará a cabo los siguientes

conciertos: *La ofrenda musical,* en primera audición en la Argentina, por un conjunto de profesores del Conservatorio provincial de Música y Arte Escénico, cuyo director, don Alberto E. Ginastera, dictará una conferencia a propósito de esa obra; páginas para canto e instrumentos solistas, también a cargo de profesores de aquel instituto, precedidas de una disertación del profesor extraordinario del mismo, maestro Athos Palma, acerca de *Bach, su vida y su obra;* y, finalmente, versiones sinfónicas por la orquesta estable del teatro Argentino, en cuya oportunidad hablará el Ministro de Educación, doctor Julio César Avanza.

UN prestigioso pianista argentino, Antonio de Raco, ha tenido la responsabilidad de iniciar el ciclo de conciertos que el Ministerio de Educación ha programado para el interior de la Provincia. Ofreció el primero de ellos en la ciudad de Mercedes; y los restantes en Luján, en Pergamino y en San Nicolás.

5

CON la designación de los delegados gremiales, hecha por la Confederación General del Trabajo (filial La Plata), entró en funciones el Departamento de Cultura Social del Ministerio de Educación. Por medio de este organismo el gobierno bonaerense quiere elevar el nivel cultural de las clases trabajadoras, promoviendo la realización de conferencias, publicaciones e investigaciones, la divulgación de las artes y de las ciencias en sus vinculaciones con la evolución histórica del país y su realidad actual, como así la difusión de los preceptos constitucionales para inculcar al pueblo la responsabilidad de su integral cumplimiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar